

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N^o 12. — Abril 26 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas á los dibujos y á la
 redaccion se remitirán al Director del MONDO ILUSTRADO,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, á los Sres. A. Laplace y C^a, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 . (11 ps.). — 30 fr. (6 p. .)

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.
 PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO.

TEXTO. — Crónica de Paris, por JULIO LECOMTE. — Pozo artesiano en
 el Sahara oriental, por C. LAURENT. — La construcción de un Nou-
 garet, por ALFONSO DAUDET. — Correspondencia de España, por
 C. YRIARTE. — Ferro-carriles españoles, por MAXIMO VAUVERT. —
 Pascuas en Rusia, por MAC VERNOLL. — El Pluvifugio, por LEON
 GOZLAN. — El monte Cénis, por J. DOUCET. — Los nuevos salones

de M. Disdéri, por A. HALBEER. — Impresiones de viaje, por CARO-
 LUS (el cicerone). — El Zorro, por LEON GOZLAN. — Julio Coignet,
 por LEO DE BERNARD. — Ferro-carriles portugueses, por MAC
 VERNOLL.

GRABADOS. — Los diputados españoles presentando un mensaje á la
 Reina, para protestar de su fidelidad al gobierno. — Desarenado de
 un pozo artesiano en el Sahara oriental. — Inauguración del ferro-

carril de Sevilla á Cádiz. — Entrada en Madrid de las primeras
 tropas procedentes de Marruecos. — Ceremonias de las fiestas de
 Pascua en Rusia. — Tipos de soldados moros. — Lago y hospicio
 en la cima del monte Cénis. — Fronteras de Francia y del Piamonte. —
 Nuevas disposiciones de los obradores y habitaciones de
 M. Disdéri. — Nuevos salones de M. Disdéri, el día de su inaugu-
 ración. — Vista de Oporto. — Julio Coignet.



Los diputados españoles presentando un mensaje á la Reina para protestar de su fidelidad al gobierno.

(Segun un croquis del S. D. José Lozano.)

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DE PARIS.

« — Miradla! Miradla!

» — Qué cosa? dónde?

» — Cómo! no la veis? no la sentís? La estación de las flores! la primavera!

Ya llega, ya llegó en alas del *sirocco*, ese viento del Oriente que enerva y languidece. Por todas partes las hojas abren y despliegan á la luz matutina y al rocío de la noche sus nacientes cogollos lozanos, verdes, halagüeños. El hogar encendido por la mañana se estingue poco á poco y déjase que muera! Pesa ya el vestido que aun ayer acariciábamos: los abrigos ofenden la vista, porque parece que intentan hacer retrogradar la vida á los meses sombríos que va á desterrar el hermoso azul del cielo! Cuán gratos son á los sentidos los primeros días de la primavera! Si uno es joven, siente rejuvenecerse mas, y la sávia reanimada en las plantas, parece que vivifica también á los animales—porque somos animales, lindísimas señoras—y la mas hermosa mitad del linaje humano se halla comprendida, como todo lo que salió del arca, en esa clase, de la que dijo un poeta poco galante,

La mujer es animal
Que se ocupa un día y otro
Como la mona en vestirse,
Y en charlar como los loros!

Lleno de entusiasmo al aspecto de las tintas verdes que salpican las negras ramas de los árboles, exclamó ayer uno:

« — También siento yo renacer mis hojas! »

La espresion es una imagen y la imagen es verdadera. En efecto, se siente uno renacer: el cuerpo adquiere una lijereza, una elasticidad semejantes á las que se advierten despues de las operaciones de un baño ruso. El pensamiento brota, se eleva, cobra alas. El que ama, ama mejor; refflorece uno en sí mismo y cien aromas indefinibles embriagan el alma y la columpian en una ventura vaga, sin objeto: es una especie de himno al Hacedor, un cántico gratulatorio por pertenecer á la creación.

Yo quisiera ir á respirar la primavera en sus primeros y lozanos días; pero no me es posible: es la ventura de la jente desocupada y nunca me será dable esta ventura. No les envidio por cierto el ir á donde los impele la moda, sino á los parajes solitarios y encantadores en que la estación brilla con mas aroma, con mas amor. Quisiera verme solo, frente á frente con la primavera por largos senderos, á la vista de la náyade en el lago ó de la amadriada en el bosque! Pero estas creaciones son mentidas como mi aspiración! Ese bosque es el suyo, el nuestro, el de todos: el *bosque de Boulogne*, y á él acude la amadriada en crinolina!

No es poca suerte tener este bosque, tal cual es, no es poca poder frecuentarle. Paris, al ensancharse y recibirle en su recinto, nos autoriza la transacción entre el placer y el deber. El paseo no es largo por la tupida calle de árboles: sólo una verja separa á Paris del campo: puédese á la vez fijar la vista en una parte y el oído en otra. Con este oído parisien se escuché ayer la historieta de un duelo que voy á contaros. El duelo nació precisamente de la primavera, cuyo ambiente me subleva contra las reuniones, los bailes, los conciertos... á pesar del que dió el juéves último esa condesa del mundo, ilustre orgullo del arte, Madame María Taglioni, — concierto y baile á la vez, deliciosa reunion en donde se apiñaba la maselecta sociedad de Paris. Dantan ofreció aquella noche la primicia de un cuadro chistoso, primer fruto de primavera, á aquella escojida é inteligente sociedad. La composición artística representa á Rosini, duplicación de sí mismo, que dormita con los brazos cruzados (perezoso!) teniendo por apoyo una lira sin cuerdas (Judas!), saliendo de un plato en que rebosan con abundancia los macarrones (gloton!) Duerme, ó mas bien finje

dormir — porque el sueño no tiene esa fisonomía cáustica, esa espresion picaresca, ese gesto burlon que nos trae á la memoria una respuesta célebre del gran maestro referente á lo que él llamaba en otro tiempo *el sábado de los judios*. Este cuadro picaresco, flor nuevamente abierta, delicado pensamiento de una hábil ejecución, tuvo el éxito feliz que era de esperar en una sociedad de personas de talento cual la que reúne la ilustre artista á quien el ministro de Estado acababa de conferir por la mañana el título de *profesora* de perfeccionamiento coreográfico en la Academia imperial de música. Volvamos al duelo primaveral de que hicimos mencion en un principio.

Primaveral, sí, puesto que se trata de *calabazas*!

Tres ó cuatro jóvenes *treparon* días atrás por la escalera de un pintor: con decir *trepas* se comprende bastante que la altura era decente. Sonreía el sol, allí, en una pequeña azotea en cuyos bordes, el pintor, aficionado á la égloga, tenía colocadas simétricamente macetas con tierra, llenas de semillas que descubrian ya la esperanza de una verdura consoladora de su destierro de la ciudad. Una sola flor de campanilla produce tan buen efecto al trepar y cortar la vista que sin ella se iria á perder tristemente en un horizonte inmenso de tejados pizarrosos!

« — Mirad! — decia el pintor — estoy procurándome sombra para muchos días: aquí está fundándose el templo de Flora. Aquí le vantaré una bóveda de mimbres, formando cuadros con cuerda, mis plantas la invadirán entretejiéndose: será una delicia.

Uno de los concurrentes miraba la instalación vegetal con aire burlon. — Notólo el pintor y sin embargo continuó:

« — Aquí, junto á la pared, una hilera de macetas encarnadas de china con azaléas, petúñas y balsaminas.

« — Y esto? — dijo el burlon, tocando con el baston la futura glorieta, — lo cubriréis con calabazas.

« — El calabaza sois vos, prorrumpió el pintor sentido, humillado con esta vulgaridad arrojada en medio de su eufónica nomenclatura. »

El « calabaza vos » no fué aceptado con gracia por el interpelante. Por mas que los amigos hicieron por apaciguar á los dos adversarios, nada lograron y tuvieron que servirles de padrinos... allí, sobre el terreno, aprovechando una panoplia de floretes que se encontraba en el vasto taller de otro pintor, en el mismo piso aéreo. Despues de algunos quites, el pintor tenía los cuatro dedos lastimosamente lacerados: abandonó pues el florete porque la sangre brotaba.

« — Quereis, amigo mio, darme vuestra mano ensangrentada? Me conceptuaria muy feliz con estrecharla en prueba de sincera reconciliación! »

Hízose así, y es el caso de añadir que — acabó el combate por falta de mantenedores. Una lijera herida por un pretesto fútil! Otros mas fútiles conozco yo que acarrearón una muerte: dígalos el pobre M... hace tres años, en el teatro italiano.

Contábase ayer la siguiente historia, que en nuestro juicio no por eso deja de ser en extremo interesante. Fácilmente podría prestarse á una tragi-comedia (séanos lícito decirlo como un hecho) si no existiese en el teatro el cuarto acto de *El lujo*.

En una alta administración parisien se encontraba un gefe de division, entre cuyas atribuciones estaban comprendidas las proposiciones que debían hacerse á la autoridad sobre las grandes obras de suscripción. El editor de una de estas obras solicitaba una suscripción, yaunque el funcionario se habia ocupado repetidas veces del asunto, retrasado por obstáculos burocráticos imprevistos, — tanto que el editor para quien se ventilaba una suma crecida, estaba impaciente y creía

tener motivos para culpar la mala voluntad del gefe de division encargado de presentar la suscripción á la firma del ministro.

A principios del año, se presenta el editor una mañana en casa del funcionario á quien podia presumir ausente, y solicita hablar á la señora: disponiase ésta á salir y sin embargo mandó hacerle entrar.

« Siento mucho que M. X... haya salido ya, — dijo, — pero la señora tendrá la bondad tal vez de recibir este estuchito que deseo entregarle, es un almanaque para sus niños... »

La mujer del funcionario, algo sorprendida, dijo al editor que le aconsejaba fuese á buscar á su marido al ministerio... Pero el editor, con un tono bastante natural, responde que no quiere molestarle por tan poca cosa... y como insistiese en suplicar á la señora que le permitiera dejar allí el objeto, ésta concluyó por decirle:

« — Pues dejadle en la chimenea, cuando vuelva mi marido verá lo que conviene hacer... Dispensadme, iba á salir! » El editor se escusa, saluda y sale.

Pásase el día. Los hijos se quedan en casa, niños de cuatro á cinco años. Juegan en el salon y se divierten con todo lo que está á mano. A eso de las cinco vuelve la madre. La camarera corre á recibirla y la dice:

« — Señora, señora, por poco no ocurre una desgracia. Dejásteis olvidados sobre la chimenea tres billetes de banco de mil francos... los niños jugaban por allí, junto al fuego... y por milagro he podido salvar de sus manos estos billetes... tomad, ved uno que habian empezado á romper!... no habrán quemado alguno? habia mas?

Grande asombro de Madame X...! No habia dejado ningun billete de banco: llama á los niños y no sin mucha dificultad llega á comprender que habian encontrado el estuche dejado allí por el caballero de la mañana, que le habian abierto y encontrado dentro unos papeletos con estampa... puestos allí en lugar del almanaque. Adivínese ahora con qué impaciencia esperaria la señora á su marido.

Llega éste á la hora de comer y se entera de la historia. Por una coincidencia singular, aquel mismo día habia logrado librar de los entorpecimientos burocráticos las piezas necesarias á la suscripción y la habia presentado á la firma del ministro... de manera que, el cumplimiento de un deber podia tener todo el viso de favor correspondiente día por día con la instigación de corruptela!

Fáciles son de comprender la estrañeza y dolor del honrado funcionario.

« — Y si no hubiese entrado la camarera, dijo, si esos pobres niños hubiesen roto, quemado los billetes... habríamos ignorado su existencia... y yo habria pasado á los ojos de este hombre por venal y accesible al premio de un abuso culpable de mis funciones... La cosa podia propalarse con el tiempo, llegar al escándalo... y acusado, inocente — sin prueba de mi inocencia, — hubiera perdido mi honra! »

Digamos, para volver al principio de nuestro relato, que era esta una situación capital cuyo efecto podria impresionar en extremo al público de un teatro, si como ya indicámos, no se hubiesen presentado rasgos análogos últimamente en nuestra primera escena. Continuemos.

El gefe de seccion comió precipitadamente, y cojiendo despues el estuche y los billetes, uno de los cuales estaba rasgado, volvió á su oficina para verse con el ministro, M. de la B... Su escelencia indignado no retractó la orden firmada, pero ordenó que se llamase al día siguiente al editor. Quedóse éste aterrado al oír la amenaza de que el negocio pasaria á los tribunales y no evitó este peligro sino despues de haber prometido que iria en persona á llevar á M. X... una carta en que le pidiese que perdonara su falta, lo cual cumplió — con una solicitud que fácilmente se comprende. Este

antiguo é íntegro jefe de seccion es una de nuestras celebridades dramáticas. Su larga carrera ha ofrecido diversas aplicaciones á sus facultades superiores y á su gran carácter: últimamente aun tenia un alto puesto de influencia artística y literaria. Sigue siendo miembro de la Academia francesa y acaba de ser nombrado comendador de la Legion de honor.

~~~~~ Con motivo del buen tiempo, llama la atencion de los curiosos desocupados la flecha de *Nuestra Señora*.

» — Qué decia uno — la catedral de Paris tenia una flecha.

» — Sí por cierto! — responde el arqueólogo, — no hace aun mucho tiempo. La demolieron, porque amenazaba ruina.

» — Es un hecho.

» — Lo que se llama un hecho. Leed las *Antigüedades de Paris* de Breul... Ved los grabados de Israel Sylvestre... y cien obras mas que describen ó representan la flecha... ó sino preguntádselo á M. Godde, el anciano arquitecto que la demolió: vive y os responderá. La antigua flecha, segun Felibien, tenia 500 piés de elevacion desde la techumbre al gallo: fué erijida en el siglo trece.

M. Viollet-le-Duc, uno de los mas ilustres prácticos de Francia, se encargó de la reconstruccion de este monumento tan prudentemente destruido en otro tiempo. Tuvo el pensamiento de construirle todo en madera y plomo: hay maderas que tienen la longitud de quince metros! La masa general descansa en cuatro pilares enlazados por cuatro espas inclinadas y dos diagonales. La altura general hasta debajo del gallo es de cuarenta y cuatro metros y medio, en los cuales la cruz con su armadura está comprendida por ocho metros. Toda la techumbre de madera está completamente cubierta de plomo y los adornos son de la misma materia. El peso general de la construccion en madera es de 500,000 kil. próximamente, y el del plomo de 250,000, total peso de la flecha 750,000 kil. soportados por cuatro pilares que, segun cálculos de M. Viollet-le-Duc, cada uno por sí bastaria á soportar tan enorme peso. La solidez de la flecha es completa y la tempestad del 27 de febrero vino á propósito cuando se acabó su construccion, para corroborar su perfecta seguridad. Se notó que en los momentos mas violentos de la tormenta la oscilacion de la cruz no pasaba de veinte centímetros.

Por orden de S. E. el cardenal arzobispo de Paris se puso en el vientre del gallo de cobre dorado que forma veleta una caja de plomo con unas reliquias y el sumario con los pormenores ceremoniales de la bendicion de la cruz. El total de la obra costó 500,000 francos, segun el trabajo descriptivo que M. Viollet-le-Duc dió á la *Gaceta de Bellas-Artes*, lo que, á causa del peso total de 750,000 kil., pone el precio del kilógramo (madera, plomo y hierro) á 65 centavos. La construccion de la nueva flecha de *Nuestra Señora* duró diez y ocho meses.

~~~~~ M. de M... diplomático, adoró en otro tiempo á una mujer de mundo, célebre por su hermosura. Ausentóse por espacio de doce años á paises extranjeros, volvió y la vió de nuevo. Lleno de sorpresa, asombrado al encontrarla tan cambiada, el diplomático, hombre de una urbanidad esquisita y delicada, exclamó:

« — Dios mio! cuánto he envejecido! »

(Trad. Á. L. de B.)

~~~~~ Habeis asistido alguna vez á un remate de libros? Es cosa curiosa. Queremos hablar de libros selectos, solicitados por los bibliófilos y los biblomanos. Esto pasa por lo comun durante el invierno, en la sala de la casa Sylvestre, calle de Bons-Enfants, por la noche. El catálogo, distribuido con profusion entre los aficionados, los ha estimulado, los ha hecho ávidos y codiciosos; llegan todos á porfia.

La sala ofrece un aspecto grave, desnudo, monumental; el techo tiene una elevacion desusada en las habitaciones modernas; creíase que es el refectorio de algun convento de benedictinos. A la altura de las cornisas, tienden las arañas sus telas que se escapan á la escoba. Una larga mesa se halla en medio; algunos bancos se ven al rededor. El testero ofrece un sitio que afecta la forma de un púlpito; éste se halla destinado al tasador, y no predicador. A las ocho de la noche, despues de haber pasado delante de una especie de hermano-portero que los observa, los fieles suben la fria escalera de piedra y se acomodan silenciosamente en la sala, en la cual se hallan esparcidas tenebrosamente aquí y acullá algunas velas. Míranse unos á otros con desconfianza, como en un convento; es que todo aficionado tiene por enemigo á su rival! Procúrase adivinar por qué adquisicion viene éste aquí, y si la disputará tal vez encarnizadamente. No es una venta, es una conferencia, ó si es venta, es una de carbonari especiales, apasionados por poseer ellos solos el bien de todos. Al lado de los aficionados instruidos, se colocan los especuladores de nombradía, y se abre la sesion con toda especie de tumultos interiores encubiertos por la circunspeccion. Pasan los libros de mano en mano, respetuosamente tocados, delicadamente entreabiertos, confiscados algunas veces en medio de toda especie de astucias por algun codicioso alarmado acerca de las intenciones ajenas. A fines del invierno, vimos una discusion muy animada con motivo de estos acaparamientos; poco faltó para que los interesados se lanzaran preciosos volúmenes á la cabeza, habiendo perdido ésta evidentemente! Es cosa singular y que debe decirse: las revoluciones y sus fatales consecuencias no han suspendido jamás esas reuniones, especie de conclaves nocturnos, en los cuales los hombres, apasionados por cosas inocentes como son los libros viejos, se aislaban de sus hermanos apasionados por los principios y por ciertas jentes! Batíanse en los boulevards, batíanse en los clubs... Aquellos se encerraban en los combates de la adjudicacion... Los libros raros conservaban sus precios en esos tiempos de incertidumbre en los cuales se compraba por 16 duros un piano de Errard en el remate de una bella Sueca que se hallaba en fuga! En aquellos tiempos, de tan inoportuna aparicion, el baron Taylor vendia en 16,000 duros algunos de sus queridos libros; — la biblioteca del marqués de Roure producía mas de 20,000 duros suministrados por unos diez aficionados que apoyaban allí sus codos por la noche; — la venta del señor Bignon atraía de diversos paises á algunas jentes que, para reunirse en la sala Sylvestre, atravesaban peligrosas barricadas. Al dia siguiente de las jornadas de junio, se vendian los libros del conde de Saint-Mauris, el último introductor de embajadores del tiempo de los reyes, y un *Voltaire* ilustrado ascendía á 1,500 pesos! Es cierto que este raro ejemplar contenía 20,000 grabados, todos relativos al texto; contábanse entre éstos 300 retratos de Voltaire, 200 de Federico, otros tantos de las señoras de Pompadour, du Barry, etc. Este ejemplar único fué rematado por un jurisconsulto de Bourges, y, lo que es mas extraño, otro jurisconsulto, de Ruan, pagó 740 duros por un volumen, único, intitulado: *Misterio de la toma de Troya*. Esto nos recuerda á cierto lugareño estudioso del mismo pais, que, en el siglo XIII, cambió su cortijo por las obras de San Agustin, siguiendo en esto el ejemplo de la república de Génova, la cual abandonó al Gran Turco un impuesto considerable por obtener las *Instituciones* de Justiniano, obra que se ve aun en la universidad de aquella ciudad del Mediterráneo, al lado del famoso misal del cardenal de Médicis.

Una de las distracciones que se permiten algunas veces los devotos de la sala Sylvestre, es el burlarse de los intrusos. Se olfatea muy

pronto á un profano, y es preciso castigar su osadía. Invéntase al momento alguna broma pesada. Una noche fuimos testigos de lo siguiente: Hallábase allí un caballero, desconocido de todos... alarmante para todos. Era éste un poderoso aficionado que habia venido de algun punto cardinal para disputar alguna rareza con armas de oro? Debía venderse un magnífico volumen gótico, anunciado fatalmente hasta el esceso. Pero, Dios sea loado... el caballero habló, qué imprudente! y el disparate que pronunciara tranquilizó al momento á la familia de los aficionados, quienes tienen sobrado que hacer con detestarse entre sí, sin aumentar el círculo de los detestados. Es necesario castigar al forastero por el terror que ha inspirado momentáneamente su presencia.

Pónese en venta un volumen de poesías; la edicion es de 1760, nada tiene de raro. Vale un duro. Un aficionado lo abre... busca... y exclama: — Ah! aquí está el soneto!

Y cada cual comienza á repetir con tono importante: — aquí está el soneto! Entonces las pujas se precipitan; el caballero cree que se trata de alguna rareza y se halla animado de ese amor propio que se respira en esta clase de ventas, mézclase entre los postores y puja como un loco... Llégase de este modo hasta 60 y tantos pesos. Entonces todos callan á la vez, y el volumen es adjudicado al caballero..

— Luego es cierto que el soneto se hallaba en él? — dice en alta voz uno de los circunstantes dirigiéndose á otro.

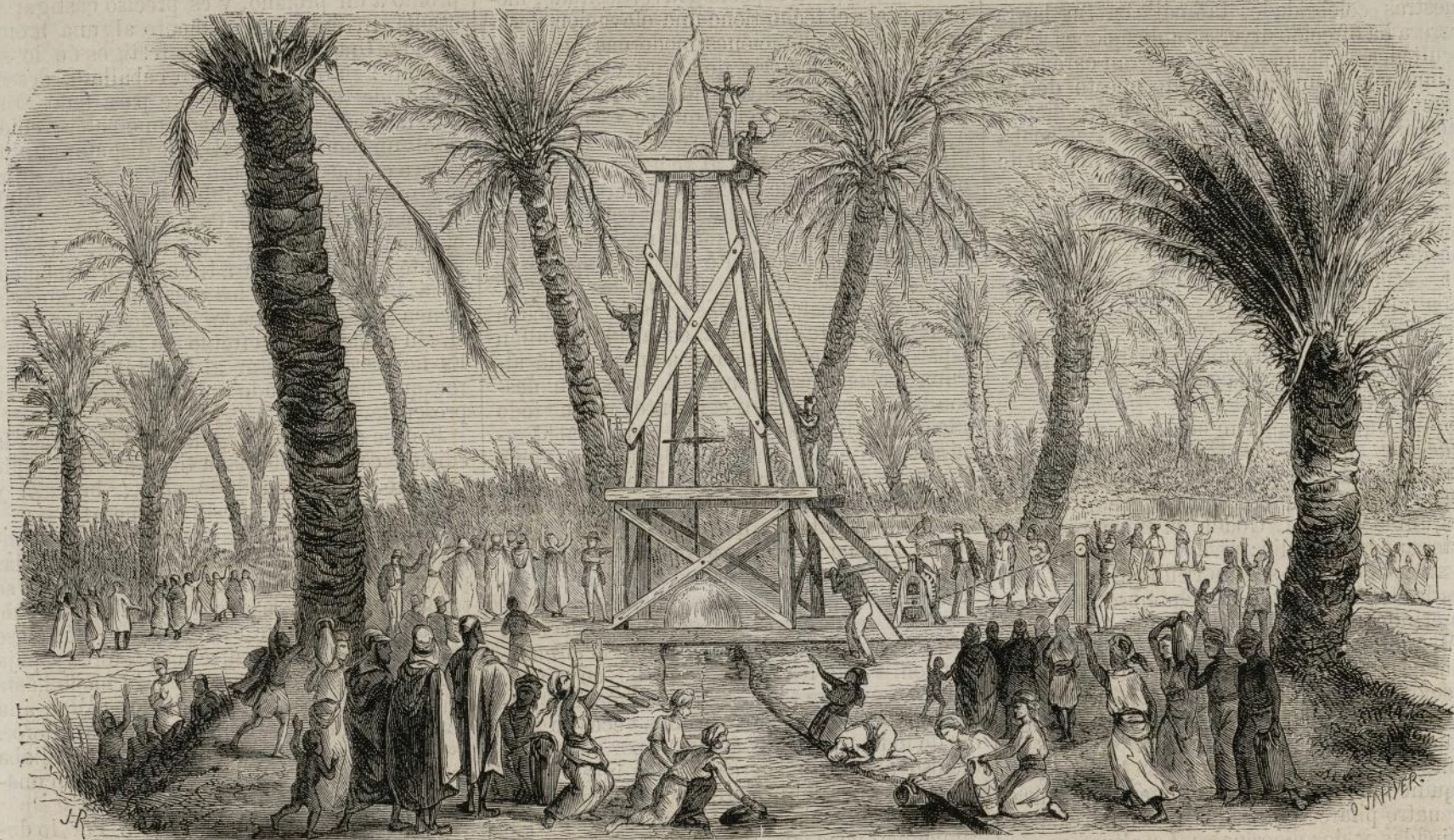
— Ciertamente se halla en él... Por lo demás, se halla en todas las ediciones y en todos los ejemplares!

Fácil es juzgar la cara que pondría el intruso, el indigno, el profano! Pagó y se retiró. La entrada de estas salas de ventas especiales es como una especie de paso del trópico: es preciso pagar su bienvenida.

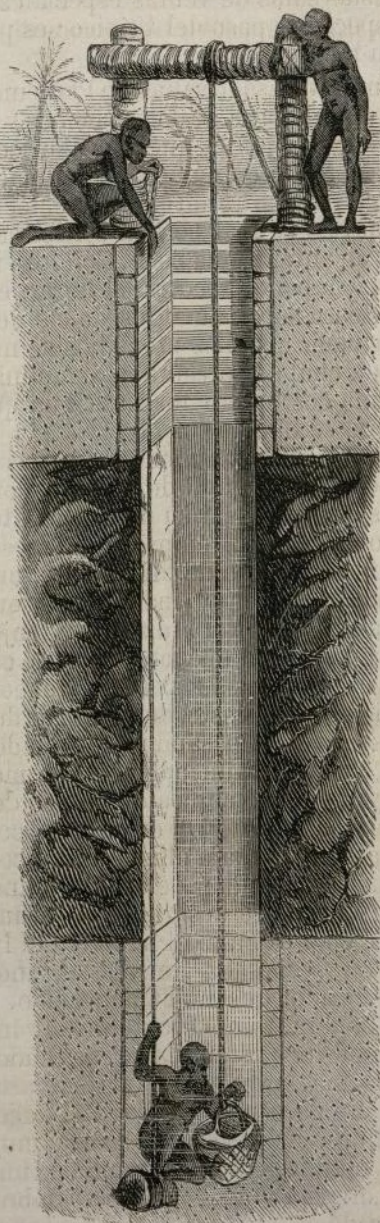
~~~~~ El domingo pasado salian de Paris unos cuantos amigos en busca de distracciones y de un buen al muerzo: jentes que se hallan ocupadas toda la semana en manejar la pluma, el lápiz ó el cincel. Encontraron en un pueblecito de las afueras, en el cual se han conservado algunos usos de antaño, una boda. Con los violines al frente, la banda recorria el lugar, entrando en las casas de los amigos de los desposados para pedir algunos utensilios de menage, que cada cual se apresuraba á suministrar, segun una costumbre mas antigua que solemne, y que se llama *ir á la vajilla*!

Cuando los Parisienses encontraron el cortejo de la boda, ya cargado de objetos, conducía éste los desposados á su domicilio. Hubiérase creído que era un empréstito forzoso, una razzia, una campaña de filibusteros, una extraña mudanza! El marido, mas cargado que nadie, habia abandonado el brazo de su mujer por los dos tirantes de un cuévano lleno de objetos y de los instrumentos mas heterogéneos. En los dos ángulos del cesto descollaban dos mangos de escoba que, pasándolos á los lados de la cabeza, formaban un apéndice de mal presagio conyugal. Llevaba bajo el brazo derecho un paraguas de algodón encarnado, con la punta hacia atrás, y bajo el izquierdo, con la punta amenazadora hacia adelante, otro instrumento que apenas se designa con alguna perífrasis en la cual se halla el nombre del libro Molière. La desposada llevaba algunos pertrechos de tocador que no habian tejido, á la verdad, ni Lahora, ni el Oriente, ni las Indias. Los dos padrinos ostentaban, ensartados por el asa, en una larga vara, ciertos vasos que segun su número probaban que el hacer presente de ellos, era á la vez una broma, muy comun entre ciertas jentes, y tambien una economía. La originalidad de esta costumbre, la persistencia de esta tradicion á las mismas puertas de Paris, puede parecer extraña. Por eso hemos creído curioso anotarla.

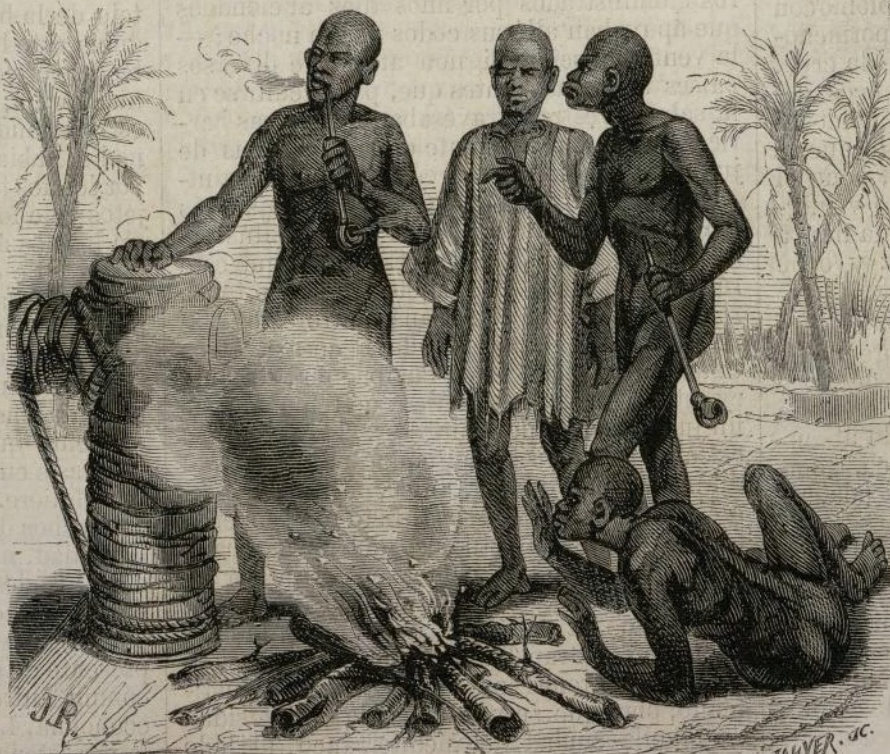
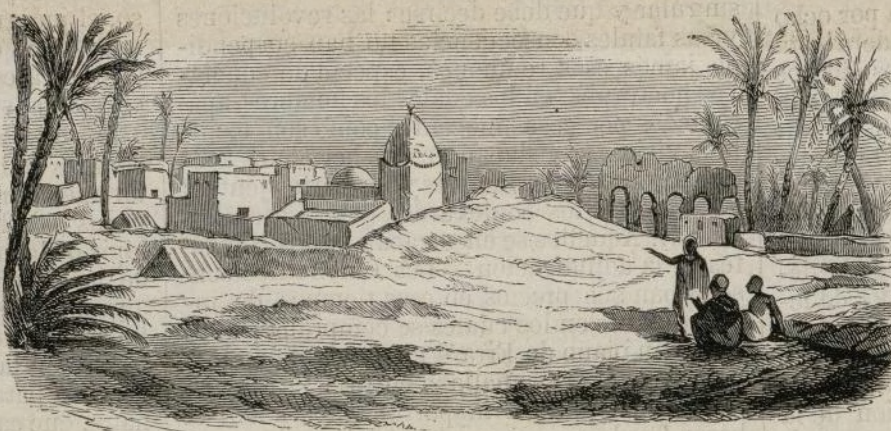
JULES LECOMTE.
(J. R.)



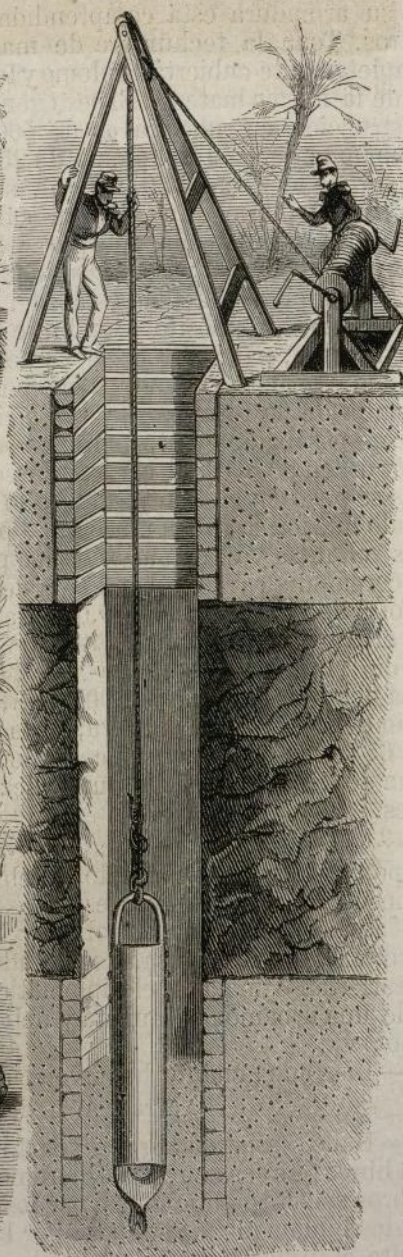
Desareno del pozo del oásis de Tamerna (provincia de Constantina).



Modo árabe de taladrar los pozos
en Oued-R'ir.



Tamerna, oásis del Oued-R'ir, Sahara, arjelino
y RETAS (buzos).



Válvula de bala, modo francés de
desarenar los pozos.



Inauguración del ferro-carril de Sevilla á Cadiz. — Hegada á Sevilla. Embarcadero provisional, segun el croquis de M. Cousin Danelle, arquitecto de la compañía.



Entrada en Madrid de las primeras tropas (regimiento de ingenieros) de vuelta de Marruecos, segun el croquis de M. A. Baumann, ingeniero mecánico del ferro-carril.

POZOS ARTESIANOS EN EL SAHARA ORIENTAL.

Al penetrar en el Sahara Argelino, la dominación francesa encontró hacia el Sud numerosos oasis que debían su origen á pozos surtidores taladrados por métodos peculiares al país. Desgraciadamente, estos pozos, obtenidos por procedimientos penosos y llenos de peligros, revestidos con materias de fácil alteración, mueren, según la expresión árabe, al cabo de algunos años y con ellos los oasis que alimentan. Este mal, irremediable con frecuencia, porque entre los árabes crea dificultades insuperables la vecindad de un pozo muerto para taladrar otro nuevo con su sistema, este mal, decimos, transforma una rica vegetación en una ardiente sábana de arenas.

La perforación de los pozos árabes, cuya profundidad varía de cuarenta y cinco á ochenta metros, se efectúa con el auxilio de instrumentos sumamente groseros: estos pozos presentan por lo general una excavación cuadrada de 0m60 á 0m90 de lado, raras veces más: están entibados con madera de palmas hendida en su longitud que tiene, por sus fragmentos, bastante semejanza con nuestra leña de hogar. Apenas labrados y ensamblados por la mitad, forman cuadros más ó menos unidos colocados horizontalmente. Se remedia el mal ensamblaje de estos cuadros entre sí con una capa de arcilla mezclada con huesos de dátiles y de otras materias leñosas que colocadas entre el entibo y los terrenos forma un calafateo más ó menos perfecto.

Este entibo se prolonga en todas las partes del pozo sujetas á derrumbarse. Por lo demás, la roca, yeso terroso, presenta bastante consistencia para mantenerse sola.

Los pozos se van ahondando de esta manera hasta el punto en que se encuentra, según la expresión árabe, el mar subterráneo, á menos que en la parte superior no se haya dado con agua parásita con bastante abundancia para poderse abastecer con los cortos medios conocidos en el país, ó hasta que se ha tropezado con una dura roca, resistente á los instrumentos árabes: ambos casos son bastante frecuentes. Un gran número de pozos abandonados prueban la impotencia industrial de los R'ouaras (habitantes del Oued-R'ir). Si al contrario, se puede penetrar sin obstáculo hasta las rocas que cubren las arenas acuíferas, un hombre experto baja sujeto á una cuerda y practica en el fondo el agujero que debe abrir paso al agua: ésta en muchos casos, se lanza por este orificio con bastante fuerza para derribar y asfixiar al infeliz encargado de esta operación á quien no pueden extraer con la suficiente celeridad.

El agua se eleva en los pozos con mayor ó menor velocidad; pero raras veces su fuerza ascendente es bastante para derramarse en la superficie exterior con las arenas que arrastra consigo. También sucede que el pozo se llena hasta una altura de quince á treinta metros de arena, que es preciso quitar, al menos una parte, para que el manantial pueda desahogarse en la superficie del suelo y adquirir una corriente constante. Una especie de buzos retiran estas arenas; pero en cuanto la capa de éstas es bastante débil para que el agua pueda atravesarla y llegar al nivel del suelo con alguna abundancia, cesan en el trabajo ya tan difícil y peligroso y que se hace imposible con la corriente ascendente que se abre paso.

En uno de los jardines de Nerla, aldea de Fug-gurt se pudo llevar á efecto la operación completa de la limpieza de arenas en presencia de los árabes y operarios de pozos. Duró el trabajo día y medio, y si merecen crédito los árabes y el propietario, el pozo no sólo volvió á su desagüe primitivo sino que se aumentó en una tercera parte la cantidad de agua del manantial.

Después de este viaje de exploración se envió

un aparato de sonda á la disposición de M. Jus. Dirijéronse al oasis de Tamerna, en donde reinaba el mayor desconsuelo con la extinción de su pozo. Treinta y nueve días después de llegar, el 9 de junio de 1856, el subteniente Rose, agregado á la oficina árabe de Biskra, comunicó al general Desvaux, una memoria de la que extractamos lo siguiente:

«La operación llegaba á cincuenta metros y cincuenta centímetros. En fin, á la una de la tarde, M. Jus ordenó que se sustituyese el trépano, cuyo corte le parecía sobrado ancho, con una barra con punta forjada: trabajóse dos horas sin resultado sensible, cuando de repente la sonda, después de encontrar la misma resistencia, se hundió súbitamente tras el golpe y creímos que se había roto; pero, al momento, vimos correr el agua con más abundancia que en el canalito destinado á recibir el *ma fessed* (agua corrompida) y algunos segundos después las sacudidas fuertes que se notaban en la sonda anunciaron la proximidad de la capa ascendente. El agua rebosaba por el tubo exterior, y la bandera izada en la estrechidad del cabrestante, y las voces de los asistentes publicaron en el pueblo el feliz acontecimiento. En menos de dos minutos no quedó alma que no lo presenciara: se arrancaron las lamas de palmera que circundaban el aparato: cada cual quería ver con sus propios ojos esa agua que los Franceses habían conquistado al cabo de cinco semanas, mientras que los indígenas habían necesitado otros tantos años y cinco veces más gente. Por último, viéronse acudir mujeres de todas edades y las que no podían llegar al manantial hacían que las diesen agua en las cantimploras de nuestros soldados y bebían con avidez.

«Todo era estremos y abrazos y las mujeres lanzaban gritos de alegría.

«El agua se presentó muy luego en forma de chorro: se retiró el instrumento después de algunos golpes para agrandar el orificio, y á poco rato, la *saguia* (zanja pequeña de desagüe) no bastaba á contener la masa de agua que siempre iba en aumento con una rapidez extraordinaria.»

Este pozo, llamado fuente de la Paz, fué el único de esta campaña: estabábase en una época del año cuyos calores se hacen insoportables á los Europeos. El trabajo no se había emprendido más que para manifestar á los habitantes las buenas disposiciones de la administración francesa para remediar lo más pronto posible la ruina de que estaba amenazado el hermoso oasis de Tamerna.

El volumen de agua que arroja la fuente de la Paz es de 4,500 litros por minuto, lo que da un producto de 6,480,000 litros cada veinticuatro horas.

La campaña siguiente se perforaron con el mismo aparato de sonda otros cinco pozos nuevos; tres en Temacin y en Sidi-Rached en l'Oued R'ir, y se les dió los nombres de la Bendición, los Amigos y la Resurrección. Los dos últimos, de Oum-el-Thiour y de Chegga permiten, recorrer los 80 kilómetros, antes faltos de agua, que separan á Biskra de los primeros oasis del Oued-R'ir. La fuente de Oum-el-Thiour recibió el nombre del comandante Séroka, cuya activa cooperación fué tan eficaz al resultado obtenido. En torno de esta fuente se ha fundado como por encanto una aldea con su mezquita: plántanse millares de palmeras y una tribu nómada se fija en aquel suelo. El pozo de Chegga se llama fuente de la Fertilidad.

En fin, durante la última campaña, y merced á un segundo aparato, se triplicaron las fuentes perforadas.

La mayor parte del programa propuesto por M. Desvaux está ya cumplida.

Consiste:

1.º En crear nuevos pozos en el Oued-R'ir que reanimen los oasis en decadencia, y ligar por el

agradecimiento esas infelices poblaciones á la Francia;

2.º Vivificar el espacio arenoso que separa á Biskra del Oued-R'ir y abrir al tráfico comercial este desierto: proceder lo mismo más tarde hasta Ouargla, y acaso hasta Touat, hacer que el ejército francés pueda recorrer fácilmente estas distancias y que los viajeros aislados no tengan ya que temer la sed y quizá la muerte.

Hoy que se trata, perforando istmos, de acortar las distancias, no se podría también, en otro orden de ideas, tendiendo la vista sobre el mapa del mundo, columbrar en el porvenir la creación de vías al través de los desiertos sin agua, por cuyo motivo solo se encuentran separados tantos pueblos?

CH. LAURENT.
(A. L. de B.)

La construcción de un Nougaret.

EL N.º 2.

«—Cómo! ni una triste sala, ni un cuarto, ni una alcoba! es imposible! Veamos, rejístrese bien todo! me sería cruel andar á caza de alojamiento en una noche semejante.

«—Estoy buscando, buscando,» decía el buen hombre mientras se rascaba el occipucio con ahinco. «Hum! hum! tenemos libre el número 7.

«—Ah, ya, el número 7?

«—Sí, si hubiérais venido un momento antes; porque no hace más que media hora que lo he alquilado á un coronel suizo.

«—Es mucha suerte!

«—Esperad... Diablos! cáspita!... El 6 está ocupado: el 8, oh! del 8, no hay que hablar, es la habitación del doctor; el 9... calle! creo que el 9... pardiez, sí! el 9 os sacará de apuros; sin embargo, no... n... n... no!... En dónde coloco á mis Válacos si os doy el número 9? No me atrevo á ofrecerlos el 12, porque hacen en él grandes reparaciones, no hay muebles, faltan cristales; el 13 está tomado: los mozos duermen en el 14... Ya veis todo lo que tengo disponible por el momento.»

La cólera me abrasaba: me veía en la calle á las once de la noche, cayendo un diluvio, con un frío de mil diablos y sin más perspectiva que albergarme en el primer cuerpo de guardia... «Ya en el umbral de la puerta, el hostelero me llamó: tengo que haceros una proposición; pero es tan delicada, tan delicada? —Queréis correr la suerte? Hé aquí de lo que se trata: Nuestro huésped del número 2 no duerme en casa más que dos veces por semana, y casi nunca dos noches seguidas: ayer estuvo, queréis arriesgaros á quedarnos hoy?

Tenia razón mi huésped: la proposición era delicada; mas como afuera el viento y la lluvia arreciaban, me decidí sin vacilar.

«Venga el número 2,» dije al hostelero.

REFLEXIONES JUICIOSAS.

Instalado junto á un fuego magnífico y los pies en los hierros de la chimenea, puseme á pensar y la primera idea que me asaltó fué: y si viene el huésped del núm. 2! En vano me decía á mi mismo que el núm. 2 no acostumbraba á ocupar su domicilio dos noches seguidas, y que por consiguiente no era razonable que faltase á una regla tan prudente: no ignoraba yo que en el mundo acontecen cosas más extraordinarias, y convine para mí capote en que el número 2 podía perfectamente volver. Sentado este antecedente, una segunda reflexión acudió á mi cerebro como el agua al molino: qué clase de ente era el número 2, y como acojería la presencia de un par de botas delante de su lumbre, —ó en su cama á una cabeza más desconocida aún! —Podía tener un mal carácter—

aunque excelente en el fondo, — volver de muy mal humor, — yo lo creo, con un tiempo tan endiablado, — venir de muy lejos, haber faltado á una cita. — Porqué habia de volver sin alguno de estos accidentes? — Podria ser un hombrachon, — sehan visto números 2 que eran arrogantes mozos, — muy robusto, — porque no? — Muy brutal, con estas jentes no hay paz posible: todo esto estaba muy lejos de tranquilizarme. Fácilmente se comprende que con tal agitacion del cerebro, no tuve ni un minuto ganas de dormir: pues tratar de acostarme? jamás! Si entonces entraba el número 2, yo me habria encontrado en una posicion incómoda para darle mis esplicaciones, bien como caballero, ó bien como palurdo. Continué, pues, arrellanado en mi sillón, atento al menor ruido de la calle ó de la escalera, pero preparando un *speech* amistoso que podia serme útil en un caso dado. Concluido el *speech*, me hice el siguiente raciocinio: en espera de que llegase, — habia llegado á persuadirme de que llegaria infaliblemente, — mientras tanto, véamos con qué especie de hombre tengo que habérmelas, y puesto que un autor ha dicho: *Mis muebles son mi biografía*, inspeccionemos por de pronto.

LOS MUEBLES DEL NÚMERO 2.

Me habia olvidado por desgracia que estaba en una casa de huéspedes y que los muebles del número 2 eran semejantes á los del número 3, á los del número 4 y á todos los muebles de la casa: un diván, una cama, tres sillas, un sillón, en las paredes varias litografías detestables, en la chimenea un reloj viejo, en el fondo un bufete, una cómoda y nada mas. — El número 2 podia á su gusto ser Lacenaire, ó una capa azul ó el sargento Bernard, sin que nada revelasen sus muebles: de lo cual saqué la consecuencia de que el autor no vivia en casa de huéspedes cuando cantó: *mis muebles son*, etc. — De repente columbré un piano oculto en la penumbra de la cama: la vista de este instrumento trajo á mis labios una sonrisa: el número 2 era un aficionado á las bellas artes, el número 2 tocaba el piano, el número 2 debía ser hombre de fáciles y pacíficas costumbres. — Cojé la luz y examiné de cerca el instrumento: era un magnífico Pleyel, señal de dinero! — aquí mi sonrisa se trocó en un gesto amargo: mi huésped podia ser un grande artista y sabe Dios las rarezas y escentricidades características de esas jentes! Muerte de mi alma!... si será un... el aspecto de los estantes me tranquilizó, no tenia música selecta, dos ó tres polkas, sólo una coleccion de ejercicios *Carpentier*; lo puramente preciso de este arte para redondear los ángulos y la parte áspera de una naturaleza agreste. Mas sereno con este descubrimiento, continué mi inspeccion; pero, en cuanto á muebles, no pude encontrar mas que una pipa vieja en un rincón de la chimenea. El hallazgo de esta amiga vino á darme por completo la tranquilidad: el número 2 era fumador de pipa, tenia pues un vicio, y sabido es que nada es mas fácil de seducir que un vicioso. — A este tiempo oí pasos en el corredor, palidecí y quedéme clavado en el suelo... Era un mozo que venia á apagar el gas; percibí que se alejaba y respiré con júbilo.

SUS VESTIDOS.

« — Oh Cuvier, sublime Cuvier! Tú que supiste con un hueso del tamaño del dedo pulgar construir séres gigantescos, inspírame, guíame en mis investigaciones y haz que llegue á construir un número 2 semejante, idéntico á su orijinal. »

De pié en medio del cuarto meditaba yo esta breve invocacion, y al mismo tiempo contemplaba un pantalon gris que acababa de descubrir debajo de una silla. El pantalon era de tela elegante, ya usado y sin botones: la rodilla derecha boste-

zaba espantosamente, signo evidente de incuria y de celibato. — Aquí debo confesar cierta debilidad, en la que hubiera incurrido cualquiera en mi lugar: tenia demasiada delicadeza para registrar los bolsillos del mencionado pantalon, ipero no tenia bastante para no desear saber qué contenian. Tomé pues un *mezzo-termine* y me puse á sacudir fuertemente el pantalon, esperando que de él saldria algun objeto revelador. Mi esperanza no salió fallida: rodó con ruido en el suelo una cosa redonda y pesada. Me agacho y cojo... una ignoble caja de rapé, de las que usa la jente infima, y que llaman *cola de rata* vulgarmente. Esa cola de rata imprevista me sumió en nuevas perplejidades: ser propietario de un cuarto en el primer piso, llevar un pantalon de corte de moda y elegante, tener en su casa un *Pleyel*, y con todo esto tomar rapé en una cola de rata. Qué anomalía! Despues de un rato de asombro, terminada mi inspeccion, porque todo estaba cerrado y las cerraduras sin llave, volví á mi asiento delante del fuego, al que di una fuerte patada, no sé por qué, y despues desaparecí en las nieblas de una profunda meditacion.

SUS LIBROS.

Pasados algunos instantes, creí notar que mi nariz, atraida por una fuerza irresistible, se volvía con harta frecuencia hácia la cómoda: jamás me he resistido á esas inspiraciones del instinto y del olfato, por consiguiente me puse en pié y fui tras mi nariz. Llegámos así hasta la cómoda: la nariz se levantó, hice lo que ella y apercibí sobre el mármol y cubiertos de polvo varios libros de que me apoderé con avidez. Traje mi tesoro al lado del fuego con los latidos de corazón de una hormiga que arrastra un grano de trigo.

Mi tesoro se componia:

De un código;

De un libro de caza, por Elzear Blaze;

De un volumen de Hugo: *El último día de un sentenciado á muerte*, seguido de *miscelánea de literatura y filosofía*.

« Cojido te tengo! » me dije. — El código estaba usado: lo que me probaba que el número 2, estudiante de derecho, debía hallarse al fin de sus estudios. — Del libro de *Elzear Blaze* deduje simplemente que el número 2 era cazador. En cuanto al volumen de Hugo, teniendo cortadas las páginas del *último día de un condenado*, é intactas las de la filosofía, comprendí al primer golpe de vista que era un lector superficial, á quien impresionaban fuertemente las situaciones dramáticas, pero que era insensible en general á la alta literatura.

De descubrimiento en descubrimiento, de deduccion en deduccion, vine á parar en que: el número 2 era un mozo como cualquier otro — de estatura regular, — de familia acomodada, habitante de provincia y hasta del campo, — en donde se entregaba á los placeres de la caza durante las vacaciones. — En Paris ha adquirido cierto barniz literario y artístico, amen de algunas malas costumbres, — como la de no dormir en casa: en total, una naturaleza vulgar es lo que se llama un buen muchacho, como tantos otros... Sí; pero y la cola de rata? maldita tabaquera de cola de rata! — Ya! será un recuerdo de familia, ó una prenda querida... Los enamorados tienen tantas rarezas!

SUS AMIGOS ÍNTIMOS.

Un violento puñetazo, sacudido en la puerta, interrumpió mi *parte* y me hizo saltar como una cabra mal herida. Me dije: « Ahora, sí, que apareció aquello! » Tuve sin embargo la serenidad de apagar la luz y permanecer en expectativa. Un segundo puñetazo hizo tambalearse la puerta, y por el ojo de la llave exclamó una voz de bajo profundo: « *Nougaret*, estás ahí? » estas tres pala-

bras, que cojé al vuelo como tres moscas, eran para mí un in-folio de revelaciones: me cercioraron de que no tenia nada que ver con el número 2. — Continué guardando silencio: la voz repitió su pregunta, formulada esta vez en dialecto provenzal: *Nougaret, sies aquí?*

No cabia duda, Nougaret era provenzal: su nombre sólo bastaba á habérmelo dado á entender. Ygual silencio, los mismos puñetazos, idénticas preguntas. Observé que la voz era jóven y que, los amigos y compatriotas de Nougaret siendo tambien jóvenes, Nougaret debía ser de la misma edad, veintidos á veinticinco años, en mi concepto. La voz era además algo dura y tosca y con eco campesino. — Siempre creí que los Nougarets eran ricos aldeanos. En fin, habia tenido buena nariz, al asegurar que Nougaret era un buen muchacho, — en prueba de ello la insistencia de sus amigos en golpear la puerta, cuando le veían decidido á no abrir. En esto, el reloj marcaba las dos de la mañana y me decidí á meterme en la cama, sin cuidarme del amigo alborotador, ni del bueno de Nougaret.

HÁGOLE MI AMIGO.

Dormí sin inconveniente alguno y me levanté del mismo modo: pagué al huésped y abandoné mi albergue, conservando un grato recuerdo de Nougaret y de la noche que habia pasado en su aposento. En los días subsiguientes iba contando mi aventura y hablando en todas partes de « mi amigo Nougaret. » Refanse mucho, y cuando me preguntaban porqué no habia tratado de conocer *de visu* á este amigo y de ligarme con él, respondia altivamente que era una de tantas naturalezas vulgares cuya traza nunca me pareceria mas que inútil.

CONCLUSION.

Algun tiempo despues, encontrándome en un taller de escultura de un amigo mio, se me antojó narrar mi aventura y lo que yo llamaba la *construccion de un Nougaret*: dado el número 2, construir un Nougaret de tales y cuales condiciones. Concluida mi historia, un pintor jóven, que formaba parte de mi auditorio, se puso en pié y me pidió permiso para destruir á mi Nougaret.

« — Y porqué? »

« — Porque, me respondió sonriendo, yo soy desde hace dos años el inquilino de vuestro famoso número 2 que alquilé en un barrio estraviado del mio y paso por vecino en aquel punto, á fin de evitar las persecuciones de la guardia nacional y de mi tambor. — Una vez por semana próximamente voy á dormir allí, en descargo de conciencia y para tranquilizar á mi propietario. — Dado ya este primer golpe de azadon á vuestro Nougaret, — creo que en efecto hay un vecino de ese nombre en el piso superior al mio, — dejadme que le destruya pieza por pieza. »

Al mismo tiempo, me manifestó que el piano, dejado en poder del hostelero por un inquilino insolvente, habia sido colocado en el cuarto número 2 como en la habitacion mas capáz y desocupada; — el pantalon debía pertenecer al criado, como lo daba á sospechar la cola de rata; — los libros podian ser de cualquiera, olvidados en la casa por Pedro ó Juan y depositados en el número 2 como verdadero almacén del establecimiento; — en cuanto á los amigos de Nougaret, era verosímil que se hubiesen equivocado de piso.

Todos reímos, y yo mas que ninguno, de mi error. Perdí á mis propios ojos el concepto en que me tenia de hombre observador y me hice el juramento, de que cuando tuviese que volver á construir algun Nougaret, lo haria de manera que la construccion tuviese mas solidez.

ALFONSO DANDET.

(Trad. A. L. de B.)



Ceremonia de las fiestas de Pascua en Rusia. — Bendición de los huevos y el pan en la puerta de las iglesias.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Madrid, 10 de abril de 1860.

He aprovechado la salida de los oficiales á las órdenes inmediatas del general en jefe para volver á España.

Adjuntos van varios croquis olvidados en el fondo de mi cartera. La silueta ó perfil del rifeño que tenía por la brida el caballo de Muley-Abbas, el día de la entrevista del califa con el general O'Donnell.

La riqueza de su espingarda adamascada y su cartuchera con tres órdenes de correas le distinguen de los rifeños vulgares.

Con este croquis va la cabeza bronceada por el sol africano del jefe de la guardia negra. Este oficial superior deja crecer una barba blanca como la leche, con su bigote de una finura excesiva. El contraste de estos dos colores, del cutis y de la barba, no deja de producir un efecto extraño á los ojos europeos.

La *bokhari* (guardia negra) consta de veinticinco mil hombres y constituye el cuerpo mas indis-



Gefe de la caballería mora en la batalla del 23 de marzo.



Gefe de la guardia negra del emperador de Marruecos.

ciplinado, pero tambien el mas intrépido, con que cuentan los emperadores de Marruecos. La organizacion de esta guardia remonta al año de 1692, entiem-
po de Moulé-Ismael.

La segunda figura es la del comandante de la caballería moruna, aquel pesado y brutal veterano, de que hablé en mi carta del 23 de febrero, inserta en el número 6. Su rostro aplomado, sus dientes que salen de la boca, sus bigotes ásperos, su nariz desmesuradamente abierta, y las hondas arrugas que surcan sus mejillas, dan al conjunto de su fisonomía un aspecto repugnante no desmentido por las cualidades morales del individuo.

Al recorrer todas las ciudades, las he encontrado ajitadas con el levantamiento del general Ortega. Pero la conducta del ejército en estas circunstancias ha contribuido á aumentar la admiracion y el reconocimiento del país hacia los que tenían á su cargo sostener el honor de España en Africa.

Nada puedo decir que no sepáis ya sobre esta conspiracion abortada: es una traicion que ni aun tiene el mérito



Rifeño del séquito del Kalifa de Muley-Abbas, según los croquis de nuestro corresponsal el señor Iriarte.

to de la habilidad.

La solicitud con que los diputados españoles acudieron á los pies de Isabel II para asegurarla de su fidelidad y darla un testimonio de los pueblos en favor de su corona, prueban bastante la temeridad de esta triste y descabellada tentativa. Y sin embargo oigo levantarse voces para pedir gracia para el culpable. Recuerdo hoy con ansia que he tenido algun tiempo por compañero al hijo del general Ortega, cuando salí de España. Este joven, ordenanza del general Ros de Olano, ganó el grado de teniente y la cruz de S. Fernando en el campo de batalla. Los servicios del hijo rescatarán las faltas del padre? Mucho recelo que no sea así.

Nuestra llegada á Madrid ha sido festejada con entusiasmo, y no obstante, no nos esperaban. Coronas, aplausos, palabras, todas las expresiones del entusiasmo, del entusiasmo especial que toma un carácter mas expansivo que el nuestro: una curiosidad insaciable que se apegaba al que vuelve del teatro de la guerra. En fin, recordad la vuelta

de Crimea, y comprenderéis el cuadro de las recepciones que se hacen á cada nuevo destacamento que llega.

Sería una candidez hablaros del aspecto de Madrid. Confieso francamente que nunca habia estado en él: es imperdonable, en verdad; pero redimiré mi culpa con uno de esos viajes por España en donde revolveré hasta la última piedra del mas desconocido monumento.

Porqué se abusa de la confianza de los extranjeros, llamando Puerta del Sol á la plaza mas céntrica de Madrid? Cuando leía ese nombre no sé donde, me figuraba una entrada de la ciudad inundada de luz, un arco triunfal cuya curva se destacaba sobre un cielo de constante azul.

Caed en la realidad, vosotros á quienes las cadenas de los negocios sujetan estrictamente, y que os veis condenados á vivir y morir en París. Lo digo con sentimiento, pero es fuerza tener el valor de la verdad, la Puerta del Sol no es una puerta!

Si la decepcion es amarga, la realidad ofrece en cambio dulces compensaciones. Una faccion engañadora y celosa hizo circular por el mundo entero el rumor de que la mantilla estaba desterrada de Madrid y que el prosaico sombrero se ostentaba ufanamente en el Prado. Sin duda que donde quiera hay traidores y no niego haber visto algunos rostros ocultos solapadamente tras las cintas y flores; mas como llegué á Madrid en plena semana santa, vi á todas las señoras con sus mantillas recorrer las calles de la ciudad para visitar, segun obligatoria costumbre, las siete iglesias consagradas. Aquel dia los carruajes no circulan y la alta y poderosa dama va en contacto de codos con la modesta jornalera. Las iglesias, y son numerosas, no bastan á contener la multitud: hasta la noche se suceden los cánticos y las plegarias, humea el incienso y la muchedumbre recojida invade las puertas de los templos.

Mas como aquí lo profano se mezcla á lo sagrado, al dia siguiente, primero de Pascua, habia toros y las mismas mantillas, los mismos abanicos y los mismos ojos con sus largas pestañas, se volvian á encontrar con la misma muchedumbre en el anfiteatro.

Cúchares y el *Tato*, los dos grandes nombres de la tauromáquia. Mi estreno era feliz: restábase saber si, tras las emociones de la guerra, mi sensible corazon se dejaria conmovir por esas orgías de caballos muertos. No... no me estremecí: mi vecina de la derecha estaba ajitada como una francesa: debia estarlo; mi vecino de la izquierda pronunciaba con acento catalan muy marcado la siguiente frase de desaliento: *Ah, si Cúchares quisiese trabajar! pero la riqueza le vuelve pesado!* El *Tato*, mas jóven, conserva toda la frescura de sus ilusiones, y ansiando los aplausos entusiastas de los tendidos, hace alarde de todas sus facultades. En cuanto á detalles, seis toros muertos, tres por *Cúchares* y tres por el *Tato*. Véase el *viaje á España* por Theofilo Gautier, pág 130, cap. los Toros.

Suyo afectísimo.

C. YRIARTE.

(Trad. A. L. de B.)

Jueves, por la noche, Toledo, 13 de abril.

Toledo, — Toledo! cuanta poesia encierran tus balcones! con qué orgullo ostentan tus vetustos muros el águila de la casa de Austria! cuántos recuerdos despiertan tus calles estrechas y pendientes, tus iglesias esculpidas como relicarios, tus puentes levadizos, tus bastiones, tus almenas, tus cárceles de la inquisicion! Cuántos caballeros cubiertos de hierro pasaron bajo ese arco en donde se arrastra el torrente! cuánto feroz guerrero, cuánto fraile fanático, cuánta castellana de largo talle, cuantas serenatas, y heridas de daga, y canciones, y lágrimas y festejos, y suplicios!

Y en el fondo de este cuadro, el semblante hastiado del gran Carlos quinto, el fausto de su corte, el ruido de sus combates!

Hoy, un silencio triste, un extranjero con aire desabrido que averigua con inquietud la edad de las piedras, un artista descabellado que anda fijos los ojos en las nubes y los piés malheridos por el piso inhospitalario. Y sin embargo, que fábrica tan inmensa presenta la catedral! Bendita sea la memoria de los canónigos que tan bien cumplieron su programa cuando dijeron: — *Hagamos crecer á la posteridad que estábamos locos al construir tal maravilla!*

Qué nomenclatura interminable la de las riquezas hacinadas en aquella iglesia! Se necesitarian al efecto libros y pinceles y aun seria un medio insuficiente. Y el tesoro de la catedral, y el vestido de la virgen, tan pesado con sus diamantes y pedrerías, que la mano desfallece al sostenerle.

Y ese *Graco*, Jesucristo conducido al suplicio, qué divino pincel! y ese demonio, llamado Goya, á quien queria yo antes de conocerle, sólo con haber visto sus *Caprichos*. La sala capitular, el retablo del sagrario, los techos de *fa presto* con sus miriadas de figuras, sus glorias bañadas de luz: es un desenfreno de obras maestras! El artista se queda confundido ante tanto génio, y cuando el cicerone enseña la corona de diamantes de la Virgen de Toledo, mira con frialdad esas pedrerías que representan una riqueza tan inmensa y se pone á pensar que una mota del pincel de Goya vale mas que las perlas y los rubies, y que el génio creador es mas poderoso que esa materia inerte que deslumbra con su brillo, pero que no arranca una lágrima ó una exclamacion.

He visto á Toledo precipitadamente, pero lo he recorrido con poetas y artistas y nunca olvidaré la voz profética con que uno de los grandes nombres de la España moderna nos recitaba los versos de Zorrilla á Toledo, por la noche, en una calle estrecha, de cuyo fondo se destacaba sobre un cielo estrellado la fantástica agujeta de *San Juan de los Reyes*. Un reverbero macilento nos prestaba su luz dudosa, y mas lejos el sereno, ocultando su chuzo bajo su larga capa, repetia con voz siniestra:

Ave Maria purísima, las doce y sereno!

Qué decoracion! G. Doré, me recordaron vuestros cuentos picarescos, vuestro *Rabelais*, vuestro *Judio errante*. Tambien trajeron á mi memoria los grandes dibujos fantásticos que Víctor Hugo trazaba con la misma pluma de que se servía para escribir la *Nuestra Señora de Paris*. Esos dibujos en que siempre se veía tendido un cuerpo inerte, dos caballeros empuñando las espadas y doblando la esquina de una calle, los alguaciles acudiendo por la otra y una vieja abriendo su ventana con un candil en la mano. Habiamos salido á media noche para hacer nuestra escursión: contentos y entonando canciones y serenatas; pero un sentimiento superior trocaba nuestras alegres tonadas andaluzas en lúgubres lamentaciones y evocaciones. La última fisonomía que vimos al volver á casa no era á propósito para cambiar nuestros siniestros pensamientos. En medio de una plazuela en uno de cuyos rincones un candelero prestaba su luz incierta y vacilante á la imágen de la Virgen negra, un sereno, apoyado con la postura de un fantasma en el brocal de un pozo gigantesco que decora la plazuela, nos dijo con voz triste y lenta: vayan con Dios, caballeros! Todo contribuía á dejarnos pensativos: el pozo se llama el pozo de la amargura.

C. YRIARTE.

(A. L. de B.)

FERRO-CARRILES ESPAÑOLES.

Sevilla.

Los lectores agradecerán al *Mundo ilustrado* el que no permanezca indiferente á la feliz trasfor-

macion que comienza á cambiar la superficie de la peninsula ibérica.

Ese pais tan ricamente dotado por la naturaleza, ese suelo fértil, que produce los vinos licorosos, los naranjos, el tabaco, el nopal de la cochinilla, el añil, el algodón; cuyas minas dan el mercurio, el cobalto, el estaño, el plomo, el hierro, la plata y el oro, habia permanecido extraño hasta estos últimos tiempos al nuevo modo de locomocion que ha multiplicado ya los recursos de la Francia, de la Bélgica y de la Inglaterra.

Todas las riquezas de aquel suelo fecundo quedaban, por decirlo así, inmovilizadas en el terreno mismo en que se producian, á falta de suficientes vías de comunicacion. Los medios de transporte mas rudimentarios, y por consiguiente mas lentos, condenaban con frecuencia á la escasez á una provincia, mientras que el lugar de produccion vecino, superabundantemente provisto y separado de aquella sólo por una corta distancia, veía perder sus frutos.

La España, y el Portugal despues de ella, se deciden por fin á inocular la actividad moderna en su industria y en su comercio, que harto tiempo hacia ya se hallaban estacionarios. Merced á los ferro carriles, la vida va á distribuirse y multiplicarse en el suelo de la Península.

Dentro de algunos dias, las líneas férreas irradiarán del centro, esto es, de Madrid hácia Barcelona, Valencia, Cádiz y Santander, sobre los dos mares que bañan las playas españolas.

En 1848 fué cuando la industriosa Cataluña inauguró en España el sistema de los caminos de hierro, con la línea de Barcelona á Mataró.

A estas horas, el gobierno de la Reina Isabel II ha concedido ya 2,764 kilómetros de rail-ways de los cuales 751 se hallan en explotacion.

En el número de estas líneas concedidas, el ferro-carril de Sevilla al mar es uno de los mas importantes, bajo el punto de vista de su porvenir rentístico.

Partiendo de Sevilla, establecida en el valle del Guadalquivir, sirviendo á las ciudades de Alcalá, de Utrera, de San Lúcar, de Jerez y de San Fernando, para ir á terminar en Cádiz, atravesando de este modo los mas ricos territorios de la Andalucía, esta línea, contra la cual la concurrencia fluvial del Guadalquivir es impotente, se presenta en las condiciones mas favorables para trasportar gran número de mercancías y de viajeros.

Desde Cádiz, ciudad de 75,000 habitantes y el único puerto de España sobre el Oceano, la nueva línea atraviesa inmensas salinas, los viñedos de Jerez y llanuras ricas en productos agrícolas, para desembocar en Sevilla, depósito natural de toda la alta Andalucía y de gran parte de la Estremadura y de la Nueva Castilla.

Sevilla tuvo, despues de la conquista de las Américas, el monopolio del comercio con las nuevas colonias. Porqué no recobraria hoy su rango en're las ciudades mas florecientes?

Dejad obrar al vapor, y ese embarcadero provisional, cuya reproduccion da hoy nuestro grabado, ese embarcadero de tablas y vigas cederá el lugar muy pronto á vastas y sólidas construcciones, en donde irán á amontonarse las riquezas de ambos mundos.

MAXIMO VAUVEFT.

(J. R.)

LA PASCUA EN RUSIA.

El pueblo ruso está profundamente adherido á su culto. El sentimiento religioso, que es innato en él, le predispone á la oracion y le conduce en masa bajo las bóvedas de la iglesia, al servicio divino.

Entre las grandes fiestas celebradas en Rusia en honor de Jesucristo, la mayor importante es la de la Pascua.

Los Rusos se preparan á la celebracion de esta fiesta con un ayuno de siete semanas, durante el cual todo cristiano ortodoxo debe recibir absolutamente el sacramento de la santa Eucaristía.

Este largo ayuno concluye el domingo, y entre las ceremonias de la semana de Pasión, reproducimos una de las que ofrecen mas interés.

En la noche del sábado santo al domingo de Pascua, el pope sale del templo á las doce, para celebrar la resurreccion de Jesucristo y dar la buena nueva al pueblo.

Mesas cubiertas de blancos tapetes se hallan dispuestas en la puerta de la iglesia, y el sacerdote, precedido de un monaguillo que lleva la cruz griega, bendice á derecha é izquierda á su paso los panes de manteca en forma de pirámide, los pasteles y los huevos colocados en las mesas. Los panes y los pasteles se hallan adornados de ramos que conservan los fieles religiosamente el resto del año.

Detrás del pope marcha lo que llamaríamos el sacristan, quien, provisto de un gran saco, toma de cada mesa el diezmo de la iglesia. Cuando los fieles no han podido colocar algunas monedas al lado de los comestibles, el sacristan se paga en frutos y toma una parte sea de manteca, ó de los pasteles y de los huevos, con frecuencia de los unos y de los otros á la vez.

La alegría es general entre los fieles, quienes, provistos de cirios ó de bugias que ellos encienden los unos en la llama de los otros, se abrazan diciendo: *Jesucristo ha resucitado*, á lo cual responde el segundo: *En verdad, Jesucristo ha resucitado!*

Todo el pueblo, magnates y plebeyos, pobres y ricos, los unos al lado de los otros, se descubren delante del sacerdote, á quien sus largos cabellos y su larga barba dan la fisonomía imponente y severa de los primeros Padres de la Iglesia.

MAC VERNOLL.

(J. R.)

EL PLUVIFUGIO.

No es fácil imaginar cuántos folletos hace aparecer sobre el horizonte cada día que nos trae la luz; no hablo de los volúmenes en verso, hablo sólo de los folletos. Folletos sobre política, folletos sobre religion, folletos sobre la marea, y tanto, que un escritor distinguido, M. Cénac de Moncault, ha publicado estos días un folleto intitulado *el Congreso de los Folletos*, trabajo ingenioso que todos le agradecerán, pero que, es muy seguro, no detendrá el torrente. Dios dijo un día á las olas: *No iréis mas adelante*; y las olas se detuvieron. Tal vez no habria tenido Dios el mismo resultado si hubiera dirigido una orden igual á los folletos.

Uno acaba ahora de salir á luz que iria muy lejos si se le dejara marchar. Su autor, Helvetius Otto, de Leipsick, se propone simplemente en este folleto, intitulado *el Pluvifugio*, abolir la lluvia, llamada por él una de las últimas preocupaciones del hombre decrepito. Parece absurdo, ridículo, vergonzoso, idiota, abominable, que se deje subsistir la lluvia cuando las balsas han sido reemplazadas por los puentes, los adoquines por la tierra batida, el tormento por el jurado, la litera por la cómoda y elegante carretela, el corral de Théspis por bellos y graciosos teatros alumbrados con gas. Con qué querria reemplazar la lluvia el señor Helvecio Otto? no quiere él reemplazarla con nada. Su único objeto, su única preocupacion es el suprimirla, abolirla, aniquilarla para siempre. El fuego no teme tanto al agua como el señor Helvecio Otto de Leipsick á la lluvia: aborrecela de muerte, la execra. Espliquemos sin embargo todo su pensamiento. Él admite la lluvia como una necesidad creada por Dios para alimen-

tar á los rios que estinguen nuestra sed, para promover la vegetacion, etc., etc... Pero recházala sin piedad tratándose de las ciudades, sobre todo, de las ciudades verdaderamente dignas de este nombre, como Paris, Lóndres, Bruselas, Berlin, Viena, etc... Pregúntase él, del modo mas formal, si el hombre se halla en todo su juicio, cuando se glorifica por una parte de haber inventado el pararrayo, y cuando, por otra, no advierte que ha dejado subsistir la lluvia. El rayo cae una vez cada mil años sobre un monumento de algun valor, mientras que la lluvia pudre durante once meses del año la mayor parte de las hermosas ciudades del Norte de Europa. Ella hunde las pizarras de las casas, descalza los adoquines, enmohece los mármoles y el hierro, produce reumatismos á todas las habitaciones y ciáticas á los que en ellas se alojan, convierte en fin á la ciudad en un pantano y al hombre en un sapo.

Puesto que el señor Helvecio Otto de Leipsick conserva la lluvia, que hace al campo tan risueño, tan fresco y tan hermoso durante el verano, consentimos de buen grado en oírle cuando nos habla de suprimirla solamente en las ciudades donde, en efecto, es una degradacion perpetua para los edificios y una burla inmerecida y siempre en suspenso sobre la cabeza de los pobres habitantes. Por otra parte, á qué sirve la lluvia en la ciudades? Qué compensacion tiene, preguntase uno á sí mismo, su horrible suciedad y su mas horrible fastidio?

Pero, se preguntará tambien con curiosa ansiedad, de qué modo hace el sabio meteorólogo de Leipsick que lo que existe no exista? Posee él un medio para impedir que caiga la lluvia sobre Paris, por ejemplo? — Sí, posee este medio! y precisamente á Paris es á quien quiere poner al abrigo para siempre de las manchas inmundas de la lluvia.

Hé aqui el medio que ha encontrado el señor Helvecio Otto de Leipsick:

Suponiendo en primer lugar que las nubes de las cuales se desprende la lluvia floten á una distancia muy poco considerable de la tierra, — y la pueba de ello es el efecto inmediato de una descarga de artillería sobre las masas de aire atmosférico, efecto tan poderoso, tan real, que se puede, por decirlo así, indicar de antemano el punto en el cual la detonacion producirá un desgarró, un claro, se abrirá finalmente una ventana; — suponiendo esto en primer lugar, os obliga á reconocer que, duplicando la presion contra las nubes, se logrará un efecto doble, y un efecto continuo, si esta presion es continua. Ahora, dice el consabido astrónomo, haced que vuestro propulsor, en vez de estar al nivel de la tierra, es decir, bajo las nubes, se halle al nivel de nuestros mas altos monumentos, y tendréis una accion casi directa, casi á quemarropa contra nuestro enemigo, esto es, contra la lluvia. Volaréis á ésta la tapa de los sesos.

Por medio de estos propulsores que soplarán días enteros, si es necesario, encima de la ciudad, y que, en resumidas cuentas, no serán mas que unos fuelles gigantescos hinchados por una máquina de vapor, las nubes serán impelidas á lo lejos, espulsadas al campo, y la lluvia irá á caer á donde se le antoje.

Pero sobre qué monumentos se instalará ese sistema de fuelles pluvifugos? Los mas altos, como los Inválidos, el Panteon, el Val-de-Grâce, no presentan en su cima superficies bastante planas para establecer en ellas un aparato regular y que pueda funcionar sin peligro para la elegancia de estas obras maestras de arquitectura.

El señor Otto sale del mal paso de un modo digno en verdad de su grande y prodigiosa invencion. Para poner en práctica su proyecto, se limita buenamente á utilizar las torres cuadradas

de madera ó andamios colosales levantados en este momento en toda la superficie de Paris, con destino á su triangulacion. Convertidos así en objetos de utilidad pública, estos andamios pasarían del estado de simple armazon al estado sólido de monumentos. Conservaríaseles su forma, la cual no carece de gracia, embellecida sin embargo con accesorios tártaros, mogoles ó chinos, pero construyéndolos con piedra de cantería ó con ladrillos. En su cima colocaria el señor Helvecio Otto de Leipsick sus fuelles pluvifugos, los cuales serian movidos por una máquina de vapor dotada de la fuerza necesaria. Todos esos andamios provisionales se emplearian en esta misma funcion, de manera que á una señal dada, veríase en los días de lluvia dos ó tres mil fuelles ciclópeos impeliendo al aire, ó sea, aventando al viento hacia un mismo lado del horizonte, y la lluvia, la infame lluvia, no mancharia nunca el suelo sagrado de la capital. Ésta se hallaria siempre limpia y blanca como un comedor. Se encerraria y frotaria la plaza de la Bolsa y los boulevards como se encera y se frota un salon.

Nos hallamos convencidos personalmente del buen éxito de este proyecto concebido en odio á la lluvia; pero consentirá la autoridad en secundar al autor del folleto en su tentativa tan nueva y tan atrevida? No reclamará la industria? Qué seria, si la invencion fuese adoptada, qué seria de los zapateros, de los barrenderos, de los regadores públicos, de los mercaderes de zuecos y de los mercaderes de paraguas? — Reflexionemos!

LÉON GOZLAN.

(J. R.)

EL MONTE CÉNIS.

No pretendemos revelar á nuestros lectores la fisonomía del monte Cénis que todos han recorrido y medido: tomamos posesion de él en *el Mundo ilustrado*. Las montañas, como los hombres, tienen derecho al homenaje de la publicidad, toda vez que los acontecimientos dan relieve á su nombre y le colocan sobre el pavés de la actualidad.

Los dibujos que reproducimos adquieren por su origen un interés verdadero. Están tomados del album de M. Peyronnet, á cuya habilidad, el emperador, durante la guerra de Italia, tuvo á bien confiar el cuidado de levantar varios puntos de vista pintorescos y estratégicos y reunirlos para él en un volumen. Al favor de M. Peyronnet debemos la preciosa comunicacion que hoy presentamos á nuestros lectores.

Si se tratase de alguna cresta de la cadena de los Andes, de las montañas Berroqueñas, ó aun de una de esas rocas solitarias de los Alpes que sirven de cuadrante á los montañeses, trasladaríamos aquí un capítulo del *Guía Richard* ó de la *Geografía de Maltebrun*; pero, á qué repetir, tratándose del monte Cénis, lo que todos los periódicos dijeron durante la guerra de Italia? Sus etapas están contadas, descritas sus casas hospitalarias, *detalladas* sus neveras: á ciegas se podría ir por las orillas del lago célebre por sus truchas y que se admira desde la cúspide. Porqué volver á trazar esos suaves horizontes que se descubren desde lo alto del *Ramasse* ó desde la cabaña de la Cruz grande?

Limitémonos á saludar al monte Cénis hecho francés en su vertiente occidental. Ese indestructible hacinamiento de granito parece estar colocado allí para simbolizar el lazo inalterable que debe unir á la Francia con la Italia, que acaban de confundir su sangre en las mismas lides. — Es una frontera digna de su gran destino. En otro tiempo, un simple arroyuelo separaba á estas dos naciones y no se reconocian mas que por la charretera de los dos centinelas que se paseaban en un



Lago y hospicio en la cima del monte Cénis.

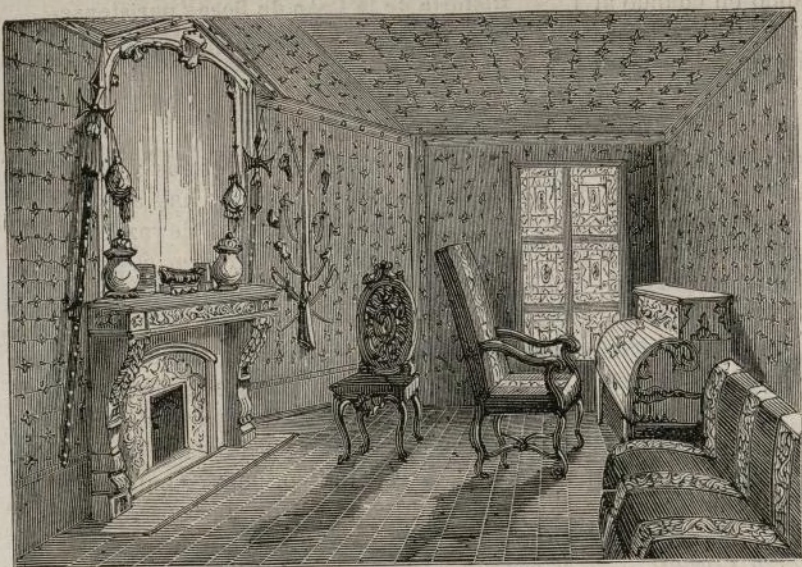
puente. Ya no hay entre ellas posibilidad de un campo de batalla. Dios lo ha querido así. Él demarca sus fronteras á los pueblos, como corta los continentes en la sábana inmensa de las ondas.

Dos grandes naciones que dominan la historia y están unidas de tiempo inmemorial por el contrato de la poesía y del arte, no podían estar separadas por un dios Término mas modesto.

Mas adelante, cuando la inmensa máquina movida por el vapor acabe de taladrar el costado de este coloso, el monte Cénis no será para los Franceses y para los Italianos mas que el arco de



Fronteras de la Francia y del Piamonte. — Las escalas del monte Cénis, segun un dibujo del capitán Peyronnet.



Nuevas disposiciones de los talleres de M. Disdéri.



Nuevos salones de Disdéri, el día de la inauguración.

triunfo bajo del cual desfilarán los ejércitos fraternales convidados al festín del progreso. Serán respetadas las soledades de sus declives. Los turistas solamente irán á pescar las truchas de su lago y á explorar los tesoros de su floresta. La industria pues trabaja para la poesía, puesto que tiende á devolver á los poetas las elevadas cimas de la tierra.

DOUCET.

(A. L. de B.)

LOS NUEVOS SALONES DE M. DISDÉRI.

Para dar una idea á nuestros lectores de los esfuerzos que hacen algunas casas de París con el objeto de darse á conocer, dirémos algunas palabras de la suntuosa fiesta que ha dado M. Disdéri, hábil fotógrafo, con motivo de la inauguración de sus nuevos salones.

Hace unos quince días, — ó mas bien quince noches, — las ventanas que se apoyan en el teatro de Robert Houdin proyectaban sobre el boulevard de los Italianos una luz tan viva como imprevista. Viva, lo era tanto que podia hacer creer á los transeúntes que el vecino prestidigitador se entregaba á alguna experiencia de magia; imprevista, no lo era menos, pues á media noche, los fotógrafos, quienes se hallan á la disposición de monseñor Sol, ya han cerrado, há mucho tiempo, sus talleres. Ahora bien, era sin embargo en casa del señor Disdéri donde se había encendido aquel fuego de alegría.

La esplicación del enigma consiste en decir que había una gran fiesta de inauguración de los nuevos salones del célebre fotógrafo.

No tenemos la pretensión de describir todo lo que el lujo y el arte habían desplegado en el adorno de este establecimiento; nos limitaremos á decir que dos pisos se hallan llenos de todas las maravillas del buen gusto. Entre los salones que mas merecen llamar la atención, debe citarse uno que sirve de vestíbulo y que se halla adornado todo él de madera esculpida; en el sitio de honor, hallanse unas mesas de mármol en las cuales estan grabados los nombres de los mas ilustres clientes de M. Disdéri y la fecha de sus visitas á los talleres. Véanse allí, al lado de los nombres del Emperador y de la Emperatriz, los del príncipe imperial, del príncipe Jerónimo, del príncipe Napoleón, de la princesa Clotilde y otro mil mas.

Como decimos antes, la riqueza y esplendor de esos salones pueden dar al lector una idea de los fondos y de los afanes que consagran las personas de buen gusto en esta capital del lujo y de lo bello para atraer á sus casas un público dispuesto siempre á admirar la suntuosidad y la belleza.

A. HALBEER.

(J. R.)

IMPRESIONES DE VIAJE.

(Conclusion.)

En cuanto á los europeos que se ven en los palcos principales, los volveréis á encontrar en los bailes de las embajadas, perteneciendo casi todos al cuerpo diplomático ó á la banca.

Hecha ya la indicación suficiente del público y de la sala, solo me resta añadir que el gran palco del centro, que hace frente á los actores, es el del Sultan: de los dos palcos contiguos, el de la izquierda pertenece al hijo mayor de Su Alteza y el de la derecha á los gentiles hombres de Cámara. Estos palcos están generalmente ocupados por los ministros ó por altos funcionarios de palacio.

Como veis, el Sultan tiene desde hace dos años su teatro particular, decorado por Sechan. Anterior-

mente, Su Alteza venía de cuando en cuando al Teatro-Naum: en esos días, tomaba la sala entera: los abonados y propietarios de palcos asistían á la representación como convidados. Su Alteza daba por cada noche dos mil duros al empresario y además mandaba distribuir regalos á los artistas.

Ahora no sucede así: el Sultan se concreta á dar á M. Naum una subvención anual de cuatro mil duros, mediante cuya suma M. Naum presta cuatro veces por año su compañía al Teatro-Imperial. Lo restante del tiempo sólo se ejecutan en el teatro de Su Alteza bailes que dicen muy buenos y operetas italianas arregladas ó traducidas al Turco, en donde cantan mancebos jóvenes con sayas y crinolina.

Este año se han representado en el Teatro-Naum:

Policuto, — *Luisa Miller*, — *Marco Visconti*, — *Hernani*, — *Il Trovatore*, — *I Vespere siciliani*, — *Attila*, — *Lucia*.

Como se vé, Verdi es el maestro en voga.

Poco tengo que anotar de los artistas que interpretan esta música. Las señoras Rovelli, Zenoni y Ciaschetti comparten el cetro teatral como buenas compañeras. La señora Rovelli obtuvo en *Il Trovatore* un triunfo escepcional y merecido. La primera bailarina, la señorita Rosina Ravaglia, sigue como siempre graciosa, ágil y constantemente aplaudida. Un bailarín pequeño, llamado Orsini, hace piruetas extraordinarias. En resumen, la escena y la sala parecen satisfechas una de otra. Siempre se aplaude, nunca se silva. Ningún incidente extraño ó escandaloso ha venido este año á perturbar el curso de las representaciones: el público ha adoptado el carácter de la compostura y de la moderación. No sucedía así hace algunos años: á los artistas predilectos se les arrojaba coronas, dulces, halajas, trajes, etc., á los que tenían la desgracia de desagradar al público se les prodigaban gruesas monedas de cobre, garbanzos, coronas de ajo y de perejil.

La moda de arrojarlo todo á la escena era muy general. Un día, un elegante de Pera ofreció á la prima donna un rico brazalete: No le puedo aceptar en mi casa, respondió la *diva*, arrojádmelo á la escena.

Otra noche (noche tremenda!), otro elegante de las lunetas sacó con gran flema del embozo de su capa (*horresco referens!*) un perro muerto y le arrojó por encima de la cabeza del apuntador á los pies de un barítono que cantaba con voz ronca. Á nadie causó sorpresa ni escándalo este acto: en aquella época, — hablo de hace cinco ó seis años, — se encontraban en la calle de Pera perros muertos con la misma facilidad que cáscaras de naranja en el *boulevard* del Temple. Los Ingleses primero, despues la policía, y por último el gas, lograron suprimir en Pera este detalle de la vida oriental, y los perros, dueños absolutos del empedrado desde 1453, se vieron en la precisión de emigrar á las regiones mas hospitalarias de Stambul.

Hoy se puede salir del Teatro-Naum á media noche sin estar obligado á llevar una linterna y se vuelve á casa casi con la certidumbre de no morir asesinado en el camino; á menos de ser el blanco de algún enemigo particular ó político, en cuyo caso no hay escape á vuelta de una esquina.

Para evitaros todo accidente, os conduzco á vuestro albergue en litera. Este vehículo tiene la ventaja de adormeceros: no me resta por consiguiente mas que desearos una buena noche. Alá os sea propicio en vuestro sueño y os arrulle en el aromático regazo de sus celestiales hourries.

CAROLUS (el cicerone).

(Trad. A. L. de B.)

Historia de la Casa de fieras parisiense.

Por un nieto del gran Buffon.

I.

EL ZORRO.

El zorro es famoso por sus arteras fechorías, y merece en parte su reputación; hay algunos que pretenden, no sin ciertos visos de razón, que la merece toda entera. Hay zorros en casi todos los países del mundo, pero principalmente en las cercanías de las grandes ciudades y de los lugares muy habitados. Si en Francia algunos prefieren la orilla de los bosques, otros el fondo agreste de las selvas, casi todos habitan, particularmente en París, cerca de la Bolsa y del palacio de Justicia, sobre todo, de este último, pues se halla cerca del río, y allí siempre hay agua que beber. Sin tratar nunca de atacar á los perros ni á los pastores, — el zorro es demasiado prudente para esto, dice Buffon; — sin atacar á los rebaños, sin arrastrar los cadáveres, añade el gran naturalista, hállese así mas seguro de vivir.

El zorro emplea, para lograr sus fines, mas ingenio que movimiento: escucha el canto de los gallos, la voz de los hijos de familia en apuros de dinero, el grito de las aves, los relinchos de los herederos que se lamentan de la muerte — demasiado tardía en llegar — de un abuelo ú de un tío, el arrullo de las palomas torcaces cuya sangre querria él beberse á lengüetadas, el estertor de un comerciante bonachon que no sabe cómo hacer frente á sus vencimientos de fin de mes, los suspiros de una oveja, de una corza (aplicase también esta palabra en París á las mujeres llamadas loretas) perdida en las cercanías del tribunal de comercio, ó de una gacela próxima á caer bajo la garra de los ugières; escucha estas voces, estos gritos, estos gemidos; los recoge, los saborea desde lejos; despues, toma hábilmente sus medidas, oculta sus designios y sus pasos, se desliza, se arrastra, llega, enviste... y rara vez es su tentativa inútil.

Caza los lebratillos y los jóvenes provincianos en la llanura, afianza algunas veces aun á las liebres grandes y á los viejos prestameros en su albergue, no les yerra nunca, sobre todo cuando se hallan heridos, descubre los nidos de los perdigones y de las codornices en las ramas mas encumbradas del árbol de la deuda, los atrae por el *miraje* de la letra de cambio, con 15 por 100 de comisión de mano á mano; finalmente, consume una cantidad prodijiosa de caza con paletó y crinolina. Hay un antiguo proverbio feudal que dice: « El lobo daña mas al campesino, el zorro daña mas al gentilhomme. » El proverbio feudal no ha envejecido.

Para destruir á los zorros, lo que no es cosa fácil, tiéndeseles redes y se les pone un pichon por cebo. Pero las mas veces, los astutos animales pasan por encima ó por debajo de la trampa, despues de haber devorado á los pichones.

Por otra parte, el zorro es tan voráz cuanto carnívoro; come de todo con igual avidez: huevos, leche, ajuares viejos, colecciones de medallas, créditos antiguos, ratones de agua, ratones campesinos, fondos de comercio que deben abonos, fondos de tabernas, fondos de sastres, fondos de gabinetes de lectura, acciones apollilladas, serpientes, testamentos falsos, lagartos, codicilos, sapos, mercancías averiadas, avispa y aun abejones. Los abejones, dice el naturalista de Montbard, procuran hacerle huir á aguijonazos; retírase en efecto, pero revuélcase sobre sí mismo y los aplasta. Finalmente, come pescado podrido, viudas menesterosas, huérfanos, cuyas tutélas apetece, padres de familia escasos de recursos, y gran cantidad de saltones ó moscardones (esta palabra se aplica también en París á los calaveras), ora los encuentre dormidos bajo los árboles,

JULIO COIGNET.

ó bien los vea revoloteando aturdidos entre los bosquecillos de la calle de Breda y las viñas vírgenes de la calle de Pigalle (barrio de las Loretas). Solamente que, el zorro no se come á su semejante, profesando en esto la alta delicadeza de los lobos, quienes, segun todos saben, no se comen entre sí.

Los zorros nacen con los ojos cerrados y permanecen mucho tiempo sin abrirlos despues de su nacimiento, como si quisieran prepararse á tenerlos siempre abiertos durante su vida.

Se los domesticaría fácilmente, si no se temiera sus estragos en los corrales, pues son muy familiares, muy insinuantes, sobre todo, antes de haber obtenido lo que desean. Las jentes que ocupan empleos deben temerlos como la pólvora teme al fuego. Lamen, se arrastran, lloran, dicen que tienen que mantener á su anciano padre, sostener á su honrada familia; protejedme, murmuran en voz muy baja.—Dadles un puntapié, ú os arrancarán mañana la megilla de una dentada.

El zorro tiene los sentidos tan delicados como el lobo, el sentimiento mas fino y el órgano de la voz mas flexible y mas perfecto. Tiene tonos diferentes, segun los diferentes sentimientos de que se halla afectado; posee la voz de la caza, el acento del deseo, el del candidato que pide un sufragio, el de la madre de una actriz que solicita un artículo para su hija, el de ésta, cuando ruega que la den un papel, tiene el grito del dolor, que él no deja oír sino cuando recibe un tiro que le rompe algun miembro; pues no grita por cualquiera otra herida. Podeis insultarle, hostigarle, atormentarle, llamarle perro, burro, pavo, arrojarle piedras á la cabeza y lodo á los ojos, nada siente, absolutamente nada.

Casi nunca duerme; cuando descansa, se enrosca como los perros ó permanece estirado sobre el vientre. En esta actitud soñolienta é hipócrita espera á los grajos y á los mirlos en los matorrales, á los deudores desplumados, á los comerciantes despavoridos que aletean y no tienen bastantes fuerzas para correr. Abre la boca, se los zampa al paso y finge dormir de nuevo.

Hay zorros de todos colores: negros, blancos, pardo-claros, pardo-sucios, y pardo-plateados; los sucios y los plateados son los mas comunes en nuestros climas del Norte. Encuéntrase el zorro en toda Europa; pero es muy raro en Africa, en donde se le confunde con el chacal. Es necesario convenir en que su semejanza es grande; grande bajo el concepto de la forma, pues en las costumbres ¡qué diferencia! Es cierto que el zorro huele mal, pero el chacal infecta; el zorro os devora hasta la camisa, y el chacal comienza por ella; el zorro deja cortésmente en tierra los huesos de aquellos á quienes ha devorado, el chacal desentierra á sus víctimas para comérselas y no las deja nunca un hueso; el zorro mata, pero el chacal asesina... Todo lo que se podria decir, en rigor, es que el zorro es un chacal que ha recibido educacion, que ha vivido en la mejor sociedad, que tiene cierta notoriedad, cierta fama; finalmente, que es un chacal patentado.

La piel de los zorros de la estremidad del Norte es muy estimada; los azules y los cruzados estan muy solicitados, á causa de lo raros que son, pero los negros son los mas preciosos de todos; en cuanto á las pieles de los zorros franceses, se hace con ellas tocas de procurador; sirven de forro á las batas de los usureros opulentos y en las casas de los agentes de negocios que se hallan en vía de hacer fortuna, sirven de tapiz, reemplazando la piel de león.

LÉON GOZLAN.

(J. R.)

(Continuará.)

M. Jules Coignet, cuya existencia acaba de extinguirse en medio de los padecimientos de una larga enfermedad, nació en Paris el 2 de diciembre de 1798.

Desde sus mas tiernos años comenzó á desenvolverse el sentimiento de su vocacion. Sus ocupaciones en una administracion pública absorbían su tiempo sin que se resintieran de esto sus aspiraciones artísticas. Desarrollóse el gusto á la pintura, y Coignet, discípulo de sí mismo, no tardó mucho en ocupar un puesto al lado de Rémond y de Bertin. En 1824, á los 26 años de edad, una medalla de oro acababa de recompensar el mérito de sus primeras obras.

Animado de un sincero amor á la verdad, iba á buscarla por do quier antes de pintarla. En sus viajes á Italia, en Oriente, en Egipto mas allá del Cairo, en Syria, en el Asia Menor, en Constantinopla y en Grecia, ora á pié ó bien embarcado, siempre tenia el lápiz ó la pluma en la mano para copiar á la naturaleza. Los monumentos, las ruinas de antiguas civilizaciones, el arte griego, egipcio, babilónico, las márgenes del Nilo, las fuentes del Jordan, las arenas del desierto, los paisajes risueños ó llenos de desolacion, los trajes auténticos, todo ese mundo lejano se halla trazado en una coleccion de innumerables croquis ó de estudios concienzudamente tomados en todos los lugares recomendados por sus recuerdos y por su naturaleza pintoresca.

De esa mina inagotable es de donde él ha sacado tantos cuadros en los cuales el sentimiento elevado del arte se combina con la verdad tan laboriosamente conquistada.

El mismo trabajo concienzudo ha presidido á sus estudios en Suiza y en las cercanías de Bâden.

Esta existencia, consagrada con tanta nobleza al amor del arte, debia procurarle naturalmente grandes triunfos.

Sus obras y su talento le valieron la cruz de la Legion de honor.

De vuelta de sus lejanos viajes, Coignet vivía solamente en su taller, en medio de su familia, de sus amigos y de sus discípulos, quienes habian podido apreciar la bondad de su corazón, lo elevado de sus sentimientos y su naturaleza siempre afable, la jovialidad de su génio, lleno de tantos recuerdos.

M. J. Coignet murió el 1º de abril, el mismo día y á la misma hora que M. Bethmont, con quien, aunque de una carrera diferente, tenia mas de un rasgo de semejanza.

LEO DE BERNARD.

(J. R.)

FERRO-CARRIL PORTUGUÉS.

Oporto.

Desde las cimas de Abila hasta las playas del mar de las Indias, desde el Cabo de Buena-Esperanza hasta el Japon, todo indica el antiguo poderío de los Portugueses. En Ceuta, en el litoral del mar Rojo, en las playas de la Península india, se encuentran las huellas de su tránsito investigador. El reinado de Enrique el Navegante, las expediciones de B. Diaz, de Vasco de Gama, de Cabral, las conquistas de Albuquerque, la posesion del Brasil, una de las mas hermosas comarcas de la América, revelan históricamente la gloria y la prosperidad portuguesas.

Cómo es que un pequeño pueblo que apenas cuenta 3.500.000 habitantes, ha podido estender durante un período de cuatrocientos treinta y nueve años, desde la victoria de Ourique (1139), hasta la imprudente expedicion de Don Sebastian en Africa, en donde la batalla de Alcázar-Quivir (1578) vió caer con su rey la autonomia de Portugal, en virtud de qué poder ha podido irradiarse

este pequeño pueblo desde el estrecho de Gibraltar hasta las Indias y la China? Por el poder de su situacion.

La del puerto de Lisboa y la del valle del Tajo indican que Portugal debe ser el vasto emporio de las relaciones comerciales entre la Europa meridional y la mayor parte de los países de Ultramar.

Despues de la ruina de su armada y de la pérdida de sus posesiones, de que se aprovecharon los Holandeses; despues de haberse oscurecido mucho tiempo bajo la influencia absorbente de la Francia; desde el tratado de Methuen que entregó á los Ingleses la industria, la agricultura, el comercio, los tesoros y la política del país; despues que el Brasil consumió su separacion de la metrópoli; despues de las escaseces producidas por los escesos de las guerras civiles, Portugal se levanta de diez años á esta parte, y fuerte con sus antiguos y gloriosos recuerdos, parece que quiere recobrar su rango en la nueva esfera de la actividad europea.

El puerto de Lisboa y la llanura bañada por el Tajo, que vieron en otros tiempos afluir todas las riquezas de las costas de Africa y de la India, pueden llegar á ser, hoy que el vapor aplicado á los caminos de hierro y á la navegacion ha decuplicado las fuerzas activas de las naciones civilizadas, el grande embarcadero en el cual se organizará el principal servicio de las comunicaciones y de las correspondencias de los ferro-carriles europeos con los países transatlánticos. Gracias á su posicion escepcionalmente favorecida, Lisboa está forzosamente destinada á desempeñar un gran papel en las relaciones del antiguo y del nuevo continente.

Pedro V ha adivinado el gran porvenir que estaba reservado á su pueblo. Ha visto que desde 1850, época en la cual el gobierno entregó á la circulacion las dos rutas de Lisboa á Oporto y de Lisboa á Badajoz, el aumento del comercio con el extranjero ha convertido á su patria en un mercado considerable de esportacion. En efecto, en 1842, el guarismo de las importaciones llegaba apenas á 11 millones 500 mil pesos, y ya en 1855 pasaba de 22 millones 600 mil pesos. Las esportaciones se elevaron, en el mismo período de tiempo, de 8 millones á 17 millones 200 mil pesos. En trece años, el comercio del país se ha visto casi duplicado. Las vías ordinarias no bastan ya á su desarrollo siempre en aumento. Las carreteras á pesar de su macadam perfeccionado, no pueden conducir de las fronteras de España al Oceano y del Oceano á Badajoz, á todos los viajeros y todas las mercancías que la actividad comercial moderna pone en movimiento. De ahí es que, el inteligente y leal príncipe que empuña hoy el cetro de la casa de Braganza, ha decidido que, paralelamente á las dos rutas de Lisboa á Oporto y de Badajoz á Lisboa, se construyan dos líneas férreas, una que ligará á Lisboa con Madrid y con el resto de la Europa, la otra que pondrá en comunicacion directa los valles del Duero con la capital y el Atlántico.

El gobierno ha comprendido altamente su mision regeneradora.

Ha resuelto al propio tiempo reparar el desórden que las administraciones pasadas habian ocasionado en la hacienda, construir cuatrocientos ochenta kilómetros de ferro-carril que unirán á Oporto y Lisboa con la grande arteria europea, y completar este nuevo sistema de locomocion con mil seiscientos kilómetros de caminos ordinarios abiertos al través de su territorio que carece de ellos casi absolutamente.

Para lograr este grandioso objeto, Pedro V se ha dirigido á los capitales de España, de Inglaterra y de Francia.

Háse hecho la concesion de los cuatrocientos



Vista de Oporto, cabeza de la línea de los ferro-carriles portugueses.

ochenta kilómetros de ferro-carril al sr don José de Salamanca, quien, con la doble cooperacion de la sociedad general de crédito industrial y comercial, y de la casa Ch. Devaux y compañía de Londres, se compromete á concluir el ferro-carril de Lisboa á la frontera de España, en el plazo de dos años y medio, y el que conducirá á Oporto en el de tres años.

La primera de estas vías férreas forma parte



Julio Coignet, paisagista, muerto en Paris, el 1º de abril de la gran línea que atraviesa toda la Península ibérica, reuniendo á Lisboa con Santarem, Badajoz y la línea de Madrid á Alicante, y por consiguiente á Madrid con Zaragoza, Pamplona, Barcelona y la artéria francesa. Su trazado indica

desde luego cuál será el brillante porvenir de esa línea.

La de Oporto pone en comunicacion al valle del Tajo con las provincias situadas á orillas del Duero y todo el norte de Portugal.

No dudamos que esta bella empresa, patrocinada por la sociedad general del crédito industrial y comercial, y en la cual se ven figurar muchos nombres conocidos en los negocios y la industria de los ferro-carriles, que las ventajas que promete esta explotacion, ventajas que apenas indicamos aquí solamente, soliciten los capitales franceses cuyas activas simpatías se han manifestado ya con respecto á la Italia y á España.

Los capitalistas franceses, que no carecen de inteligencia y de patriotismo, digase lo que se quiera, comprenden que la influencia moral y política de la Francia se desarrolla con las grandes obras industriales que las poderosas casas de banco de Paris comanditan en el extranjero.

El *Mundo ilustrado*, deseoso hoy de fijar por un momento la atencion de sus lectores en una de esas cuestiones interesantes que prueban que un pueblo se despierta de un modo inteligente, se apresura á prestar su concurso á esta obra civilizadora, publicando la vista de la ciudad de Oporto, cuyo gran comercio de vinos á los cuales da ella el nombre, de aceite, de azúcar, de naranjas, de palo de campeche, de palo del Brasil, de cueros y de corcho, hace de ella la segunda capital del Portugal. Su hermoso puerto, los vastos almacenes de la compañía de vinos, su escuela de marina y de comercio, su catedral y la iglesia de los clérigos recomiendan tambien á Oporto á la atencion del comerciante, del industrial y del artista.

MAC VERNOLL. (J. R.)

La traduccion del *Mundo ilustrado* se hace bajo la direccion del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

| | |
|-------------------------|--|
| AREQUIPA. | D. Manuel G. de Castresana. |
| ARICA. | Sres. Calmann y Riobó. |
| BOGOTÁ. | D. Rafael Mogollon y Guzman. |
| BUENOS-AIRES. | D. Federico Real y Prado. |
| CARÁCAS. | Sres. Rojas, hermanos. |
| CARTAGENA. | D. Joaquin F. Velez. |
| COBIJA. | Sres. L. Durandéau y Compañía. |
| GUATEMALA. | D. Pablo Blanco. |
| GUAYAQUIL. | D. Luis Abadie. |
| GUAYAMA. | D. Narciso Daussá. |
| HABANA. | Sres. Charlain y Fernandez. |
| LA PAZ. | Sres. Gérard y Comp. |
| LIMA. | P. Bailly. |
| MÉJICO. | Sres. Maillefert y Comp. |
| MENDOZA. | D. F. Civit. |
| MONTEVIDEO. | D. Ventura Garaicoechea. |
| PANAMÁ. | D. José M. Aleman. |
| PUERTO RICO. | D. Ignacio Guasp. |
| ROSARIO. | Federico Reissig. |
| SAN FRANCISCO. | M. Biesta. |
| STA. MARTA. | D. José A. Barros y Comp. |
| | D. Pedro Yuste y Comp. |
| SANTIAGO DE CHILE. | Librería y agencia del <i>Mercurio</i> . |
| | D. Ramon Morel. |
| SANTO DOMINGO. | D. A. Bonilla. |
| SAN TOMAS. | D. Luis Guasp. |
| TAGNA. | D. Clemente Bartibas. |
| TAMPICO. | D. A. Gutierrez y Victori. |
| | D. Santos Tórner y Comp. |
| VALPARAISO. | D. Nicasio Ezquerria. |
| | D. José Perez Anguita. |
| VERACRUZ. | D. Juan Carredano. |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle A. Bourdilliat, 15, rue Breda.